

BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

CADAVERES A MIS PIES

Clifford Hilton



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS

CLIFFORD HILTON

Cadáveres a mis pies

Colección PUNTO ROJO nº 996. Bruguera – may/1981

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre tenía un revólver en la mano y me apuntaba directamente a la barriga.

Nunca le había visto antes. Al menos no lo recordaba. Tendría unos treinta y cinco años, el pelo completamente blanco, la tez bronceada, era de constitución robusta y mediría alrededor de un metro ochenta. Su rostro estaba demacrado y había en él una expresión de dolor.

—¿Qué se le ofrece? —pregunté, haciendo caso omiso del revólver que me apuntaba.

El hombre tragó saliva y abrió la boca intentando decir algo. Pero no pudo articular ni una sola palabra. Se llevó una mano al pecho y entonces descubrí una mancha negruzca que se traslucía a través de su abrigo.

Después de un gran esfuerzo, el hombre dijo:

—¿Es... es usted... Al Harter?

—Sí, el mismo —respondí y me hice a un lado franqueándole el paso.

El hombre entré. Tiritaba de frío y tenía las ropas empapadas como si se hubiese zambullido con ellas en la piscina municipal.

Lo hice entrar al salón y lo hice sentar en uno de los sillones. Yo me quedé de pie, frente a él mirando fijamente el cañón del revólver que no dejaba de apuntarme.

—¿Por qué no guarda el revólver y me dice quién es usted y qué quiere de mí?

El hombre miró el revólver como si hasta ese entonces no se hubiese percatado de que lo llevaba en la mano. Todo su cuerpo temblaba y en su rostro había una expresión de dolor y miedo. Sus ojos se movían inquietos en todas direcciones como si temiese que en cualquier momento alguien saltase sobre él. Sin embargo, continuaba apuntándome.

Hubo un momento de absoluto silencio. Podía oír claramente el castañear de sus dientes. Finalmente dijo:

—Usted conoce a Norman Grayson. Sé que lo conoce pues le he oído hablar de usted más de una vez.

Grayson era un ex detective que hacía algunos años se había visto implicado en un caso bastante oscuro y había abandonado la profesión. Le conocía bien y sabía que en los últimos tiempos se había convertido en un alcohólico.

Dudé un momento antes de responder. Él se dio cuenta y adelantó el revólver hacia mí.

—No intentes engañarme, Harter. Sé que usted era un buen amigo suyo.

—De eso hace ya muchos años.

—No tantos. Tres años no son muchos —hacía verdaderos esfuerzos

para hablar y su rostro estaba congestionado por el dolor.

—¿Para qué quiere a Grayson?

—Tenemos un asunto pendiente. Un asunto de tres millones de dólares...

Silbé entre dientes.

—Es una cantidad interesante.

—Demasiado interesante. Muchas personas harían cualquier cosa por conseguirla.

—...Y usted piensa que yo puedo ayudarle.

—Sí. Quiero que me lleve hasta Grayson.

Un nuevo espasmo contrajo sus músculos pero ni por un instante dejó de apuntarme.

Pese al temblor de sus manos, yo era un blanco demasiado fácil como para errar el tiro.

—Lo que usted necesita es un médico.

—Eso vendrá después. Ahora necesito encontrar a Grayson.

—¿Qué ganaré yo en esto?

El hombre sacudió el revólver. Luego dijo:

—Me sería muy fácil apretar el gatillo, señor Harter. Si usted me lleva hasta Grayson, le dejaré con vida.

—No podrá estar apuntándome todo el tiempo. ¿No le parece más sencillo si llegásemos a un acuerdo?

Me miró con desconfianza.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Yo soy un detective privado que cobro por mi trabajo. Digamos diez mil dólares por llevarle hasta él. De esa forma no tendrá necesidad de apuntarme.

—Es demasiado dinero.

—Usted habló de tres millones de dólares.

El hombre se quedó mirándome un momento en silencio.

—¿Cómo sé yo que usted no me traicionará?

—Tendrá que arriesgarse. También usted podría traicionarme.

—Está bien —dijo—. Vístase. Salimos ahora mismo.

Asentí y regresé al dormitorio. Me quité el pijama y me puse ropa de calle. Cogí mi 45 y lo enfundé en la sobaquera. Cuando regresé al salón, el hombre continuaba sentado en el sofá con los brazos colgando a ambos lados de su cuerpo. El revólver había caído sobre la moqueta. Tenía la cabeza ladeada sobre un costado, la boca abierta y los ojos vidriosos.

Me acerqué y lo miré detenidamente.

No necesitaba tocarlo para saber que estaba muerto.

Descolgué el teléfono y marqué el número de la policía. El inspector Wallace gruñó al otro lado de la línea.

—¿Qué desea, Harter? Son las dos de la madrugada. Ya me iba para

mi casa.

—Me temo que no podrá hacerlo. Tengo un trabajito para usted.

—¿De qué se trata?

—Un hombre muerto. Al parecer asesinado. Lleva una bala en el pecho.

—¿Dónde está?

—Aquí. Sentado en el living de mi casa.

Se hizo un momento de silencio. Después dijo:

—¿Está de chanza, Harter?

—No. Es la verdad.

—No se mueva de su casa. Ahora vamos para ahí. Maldita sea, Harter. No hace más que meterse en líos.

—Ya tendrá tiempo de rezongar cuando venga, inspector.

Colgué el teléfono y regresé junto al cadáver. Registré sus ropas y vacié el contenido de sus bolsillos sobre la mesa del comedor.

No había gran cosa. Un billete de lotería viejo, un pañuelo, una billetera con ochenta dólares, un recorte de periódico y un porta documentos.

Revisé el porta documentos. Todos sus papeles estaban a nombre de Peter Bailey, de treinta y siete años de edad.

Volví a guardar los papeles dentro del porta documentos y cogí un recorte de prensa. Era de un periódico de San Diego de hace más de tres años. El artículo en cuestión se refería a un asalto a un camión blindado del American City Bank y que había reportado a sus autores la bonita suma de tres millones de dólares. Sólo uno de sus autores había sido detenido tras el tiroteo. Su hombre, Peter Bailey.

Me quedé boquiabierto mirando el recorte.

Tres millones de dólares que se habían esfumado.

Ahora comprendía a qué se refería Bailey cuando hablaba de ese dinero.

¿Pero qué tenía que ver Grayson con todo esto?

Cuando aún no había encontrado respuesta a esa pregunta, escuché el ulular de las sirenas.

Guardé el recorte del periódico en un bolsillo de mi americana y devolví el resto de las cosas al lugar donde las había encontrado.

Abrí la puerta de la calle y me acerqué a las ventanas.

En medio de la oscuridad de la noche, podía ver los destellos azules de los coches de la policía.

CAPÍTULO II

El inspector Wallace era un hombre robusto, macizo. Medía más de un metro noventa y tenía la cabeza completamente calva lo que le daba un aspecto de mayor fiereza. Hacía más de un año que estaba a cargo del Departamento de Homicidios y era un policía con fama de duro.

Venía acompañado por otros cuatro agentes de su departamento que, apenas entraron al piso, se dedicaron a tomar fotografías del cadáver y a registrarlo todo.

Wallace se dirigió hacia mí. Le extendí la mano y me la estrechó de mala gana.

—Me pregunto cuándo va a dejar de darnos dolores de cabeza, Harter. Cualquier día de estos va a terminar entre rejas. Y no se crea que me apenaría,

—Si le duele la cabeza, tómese una aspirina, inspector —respondí sonriente.

No le hizo gracia el chiste. Señaló el cadáver y preguntó:

—¿Lo mató usted?

—No.

—¿Quién lo hizo?

—No lo sé.

El inspector enarcó una ceja y se metió un trozo de tabaco en la boca. Tenía la costumbre de mascar tabaco.

—¿Pretende decirme que el cadáver apareció aquí por arte de magia?

—Yo no he dicho eso. Este hombre se presentó aquí con una bala en el pecho. No sé quién le disparó.

—¿Le conocía?

—No. Nunca le había visto antes.

—Tiene que admitir que todo esto es muy extraño, Harter. Un hombre, al que usted ni siquiera conoce se presenta en su casa a las dos de la mañana con un balazo en el pecho...

—A veces suceden cosas extrañas.

El inspector parecía a punto de perder la paciencia.

—Déjese de sarcasmos, Harter, y cuéntemelo todo de una vez.

Se lo conté todo omitiendo lo de los tres millones de dólares y lo del recorte del periódico. Le dije únicamente que me había amenazado con el arma y que quería que lo llevase a ver a Grayson.

Wallace escuchó pacientemente mi relato y luego dijo:

—¿Para qué quería ver a Grayson?

—No lo sé, pero supongo que para nada bueno.

—¿Eso es todo lo que sabe?

—Sí.

—No me ha ayudado usted mucho —dijo el inspector y se volvió a sus hombres, que estaban registrando las ropas del muerto.

—¿Habéis encontrado algo?

—Sí, señor —dijo uno de ellos—. Se trata de un tal Peter Bailey, de treinta y siete años.

—¿Peter Bailey? Si no me equivoco es el mismo que ha escapado de la prisión de San Diego hace quince días. Recuerdo haber recibido una circular.

—¿Qué buscaría en Nueva York?

—Eso tendremos que averiguarlo.

Dos camilleros y el médico forense entraron en la habitación. Después de una rápida revisión del cadáver, el forense ordenó que se lo llevasen para practicarle la autopsia.

Antes de retirarse, Wallace se volvió hacia mí.

—Espero que el informe del médico coincida con sus declaraciones. De lo contrario...

—Coincidirá —dije sonriente.

Wallace salió de la casa cerrando de un portazo.

Eran casi las cuatro de la mañana cuando regresé a la cama. Quería dormir al menos unas horas antes de iniciar una nueva jornada que prometía ser agotadora.

En algún lugar estaba Norman Grayson.

En algún lugar estaban los tres millones de dólares del American City Bank.

* * *

Escuché el sonido estridente de la campanilla del reloj-despertador muy cerca del oído. Era como si me estuviese taladrando los tímpanos. Verdaderamente insoportable.

Salté de la cama y la apagué de un manotazo.

Eran las ocho de la mañana. Según mis cálculos, había dormido menos de cuatro horas. Llevaba una mala racha de sueño.

Medio dormido, me dirigí hasta el lavabo y me di una ducha de agua fría. Esto me hizo revivir un poco.

Me puse el albornoz y me encaminé a la cocina. Fueron necesarias tres tazas de café bien cargado para comenzar a despejarme. Sólo entonces estuve en condiciones de pensar.

Saqué el recorte de prensa que había encontrado entre las ropas de Hailey y lo leí un par de veces más.

Los hechos estaban presentados de una forma bastante clara: una pandilla de maleantes cuyo jefe era Peter Bailey había asaltado un camión blindado que transportaba tres millones de dólares. Los otros integrantes de la banda eran Joe Blake, Mickey Spring y Robert Dickson. Cuando se disponían a huir con el dinero, apareció la policía y se liaron a tiros. Bailey fue detenido con una herida en una pierna y Mickey Spring murió de un balazo en la cabeza. Los otros dos

escaparon con el dinero en un coche robado. Al parecer, y según comentaba el articulista, el sheriff de Hartford, un tal John Hale, había recibido una confidencia sobre el atraco y había decidido tenderles una trampa. Pero la operación no resultó del todo exitosa ya que dos de los maleantes se esfumaron con los tres millones.

Todo encajaba perfectamente.

Bailey había salido de la cárcel y estaba dispuesto a recuperar su parte.

Pero ¿por qué buscar a Grayson?

Eso era lo que me disponía a averiguar.

Sólo tenía una pista. Grayson había dejado la profesión hacía tres años, más o menos por las mismas fechas en que se produjo el asalto. Sin embargo, los datos que yo tenía era que se había metido en un asunto de juego clandestino del que salió mal parado y ésa era la causa que le había empujado a prescindir de su carnet de investigador. Me vestí rápidamente y salí a la calle.

Prometía ser un día hermoso. El sol comenzaba a levantarse sobre los altos edificios de Nueva York y el cielo estaba despejado de nubes.

Subí a mi viejo Plymouth y arranqué en dirección al este de la ciudad. El tráfico era intenso a esa hora de la mañana por lo que tardé más de media hora en atravesar el centro. Detuve el coche en una estrecha y sucia callejuela y comencé a andar.

Era un barrio de tahúres, soplones y pequeños rateros. Un barrio donde todo se sabía y de donde salía gran parte de la información con la que trabajaba la policía.

Avancé en dirección a los salones de los barrios bajos, los bares malolientes, los basurales y las tascas. Eran los lugares donde se reunía toda esta lacra de la sociedad a la que yo debía recurrir más de una vez en busca de información.

Había hecho el mismo camino centenares de veces y cada vez me sentía más triste y asqueado por todo aquello.

Durante el recorrido hablé con una vieja prostituta, con una portera, con un mendigo de barba blanca. De ninguno de ellos saqué la menor información sobre Grayson.

Todos coincidían.

Grayson se había esfumado.

Seguí mi camino calle abajo, pensando que entre los deshechos, los maleantes y los borrachos que me rodeaban estaba la respuesta a centenares de crímenes.

Me detuve finalmente frente a una vieja taberna y miré a través de los cristales de las ventanas.

Pat «El Bocina» estaba acodado al mostrador entre dos viejas y feas prostitutas.

Entré y me situé a su lado.

Pat me miró entre asombrado e incómodo.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Información.

«El Bocina» miró nerviosamente en todas direcciones.

—¿Sobre qué?

—Grayson.

El hombre se sobresaltó.

Fue sólo un instante, pero percibí miedo en sus ojos.

—No sé nada. Nada. Es peligroso que me vean contigo. Mejor será que te vayas.

—Hay una buena recompensa. No estoy pidiendo que me regales la información.

—No sé nada —repitió.

—Yo creo que me estás mintiendo. Quizá al teniente Falk le interese conocer algunas de tus actividades.

Pat me miró incrédulo.

—Tú no serías capaz...

—Mejor será que no lo pruebes.

El hombre dejó la copa sobre el mostrador y se dirigió hacia una mesa del fondo del bar.

Le seguí y me senté a su lado.

—Escupe todo lo que sepas.

—Este asunto es muy peligroso, Al. Todo esto está muy revuelto y cualquier día de estos apareceré con un balazo en la cabeza.

—No se enterarán.

Pat dudó un momento. Luego preguntó:

—¿Cuánto hay?

—Depende de la calidad de la información.

—Está bien. Sólo puedo decirte que Grayson venía cada día a las tascas, se emborrachaba... tú ya lo sabes. Luego desapareció.

—¿Hace cuánto?

Pat meditó un instante.

—No lo sé... diez días... quizá quince.

—¿Sabes dónde puedo encontrarle?

—Yo no... no lo sé...

—No me mientas, Pat.

Me miró con cierto temor.

—Ve a lo del «Buda». Quizá ahí te enteres de algo. Pero yo que tú lo dejaba, Al.

—Sé cuidarme.

—¿Cuánto vas a darme, Al?

Saqué diez dólares y se los puse en la mano.

Los miró con cierta decepción.

—Mi información vale mucho más.

—Aún tienes tiempo de ganar otro tanto.

—Dispara —dijo resignado.

—Bailey. ¿Qué se dice de él?

Aquello fue como un mazazo sobre su cabeza.

No pude reprimir un sobresalto y se secó gruesas gotas de sudor que surcaban su frente.

—Escapó de la cárcel hace quince días.

—Eso ya lo sé. ¿Qué más?

—Anda detrás de tres millones de dólares que le birlaron sus socios.

No sé nada más.

—Joe Black y Robert Dickson. ¿Dónde se esconden?

—Tú debes estar loco, Al. ¿Crees que un simple ratero como yo puede saberlo?

Saqué diez dólares más de mi cartera y los arrojé sobre la mesa.

—No te los mereces pero aquí tienes lo prometido.

Se guardó rápidamente el dinero y me ofreció una sonrisa estúpida.

—¿Vas a ir al «Saratoga»?

—Quiero hablar con «El Buda».

Me encaminé hacia la puerta. Sus palabras resonaron a mis espaldas como un susurro.

—Ten mucho cuidado.

Me volví desde la puerta.

—¿Desde cuándo te preocupas por mí?

«El Bocina» se encogió de hombros y apuró el contenido del vaso que tenía en la mano.

Salí al exterior. El aire frío de la mañana golpeó mi rostro. Sin embargo, el clima era agradable y el sol brillaba en lo alto.

El «Saratoga» estaba a cuatro manzanas de ahí.

Con las manos en los bolsillos, me mezclé entre la gente y comencé a caminar calle abajo.

CAPÍTULO III

El «Saratoga» era un sótano situado en el corazón del bajo. En la fachada había un cartel luminoso que rezaba: Night Club.

Bajé los seis peldaños que me separaban de una puerta de madera y golpeé con los nudillos.

Transcurrieron unos segundos sin que nadie acudiera y volví a golpear.

Hasta mis oídos llegaban murmullos de voces desde el otro lado de la puerta. Sin embargo, parecían no tener la menor intención de dejarme entrar.

Retrocedí unos pasos y tomando impulso golpeé dos veces la puerta con el tacón de mi zapato.

Las voces se detuvieron y segundos después resonaron unos pasos en dirección a mí.

Oí el crujir de los cerrojos y momentos después un rostro gordo y de rosadas mejillas se asomó por una rendija.

—No abrimos hasta las siete —dijo de mal humor.

—¿Y a mí qué?

El gordo intentó cerrar pero metí el zapato entre la puerta y el marco.

—¡Saca el pie de ahí! —rugió.

—No, hasta que me digas un par de cosas.

—Vuelva a las siete.

—Será mejor que abras. Si no, estaremos así todo el día.

El gordo forcejeó un poco más, resoplando y maldiciendo entre dientes.

Una voz resonó a sus espaldas.

—¿Qué sucede, Mac?

Era la voz del «Buda». Podía reconocerla fácilmente.

—Déjale pasar.

El gordo dijo unas cuantas palabrotas y finalmente abrió la puerta.

Entré.

Era un local de aspecto sórdido. La luz era escasa y había varias mesas rodeando una desvencijada tarima de madera que hacía las veces de escenario.

En una de las mesas había tres matones. Uno de ellos era el «Buda». Los otros dos eran Slim y Alec, sus compinches.

—Hola, Al —dijo el «Buda» con una sonrisa cínica. Era un hombre alto y gordo. Pesaba más de ciento veinte kilos y tenía el mismo aspecto de un buda.

Lo saludé con una inclinación de cabeza y me dirigí a la barra.

El barman que limpiaba unas copas levantó la cabeza hacia mí.

—Un escocés seco.

—El bar está cerrado —respondió el barman.

—Sírvele lo que te pide —intervino el «Buda».

El barman asintió y me puso una medida de whisky.

Lo probé y lo escupí a un costado.

—Esto es un veneno —dije.

El barman se encogió de hombros y continuó lavando los vasos y las copas.

Por el espejo que había detrás de la barra, vi que el «Buda» se había incorporado y avanzaba hacia mí, caminando con dificultad por la gordura. Se acodó en el mostrador, a medio metro de donde me encontraba y dijo:

—¿Querías verme?

—Sí. Se trata de Grayson. Peter Grayson. Tengo que hablar con él.

Al escuchar la palabra «Grayson» su rostro cambió de expresión durante una fracción de segundo. Luego continuó impassible.

—No sé de quién estás hablando. No le conozco.

—Haz memoria. Creo que solía venir por aquí. A veces se emborrachaba un poco con ese veneno que hacéis pasar por whisky.

El «Buda» meneó la cabeza.

—Busca por otro sitio, chico. Ya te dije que no le conozco.

Encendí un cigarrillo parsimoniosamente y aspiré una profunda bocanada de humo. Luego pregunté a bocajarro:

—¿Y Peter Bailey?

Ahora su reacción fue más notoria.

—¿Qué pasa con él?

—¿Le conoces?

—Por la prensa. Sé que escapó de la prisión.

—No mientas, «Buda». Se te pone roja la nariz cuando lo haces. De todas formas Bailey *está* muerto. Alguien disparó contra él.

A través del espejo, observé rápidos movimientos.

Los otros dos matones se habían puesto de pie y se encaminaban hacia mí.

No me moví, pero mis ojos permanecieron clavados en el espejo.

Slim se interpuso entre yo y el «Buda» y Alec se situó a mis espaldas.

—No me gustan los entrometidos —dijo Slim hablando pausadamente y con tono afeminado.

—Ni a mí los maricones.

Su rostro se contrajo de ira. Pero yo prestaba, mayor atención a lo que sucedía a mis espaldas —a través del espejo—, que a la reacción de Slim.

Por el rabillo del ojo vi que Alec echaba el brazo hacia atrás y me agaché justo a tiempo.

El pesado puño de Alec zumbó sobre mi cabeza y se estrelló contra el mentón de su compinche.

Cogí una botella por el pico y me eché hacia atrás.

—¡Bonito golpe! —exclamé viendo como Slim sangraba abundantemente por la boca a causa del puñetazo accidental de su compañero.

Como un lobo hambriento, Alec se adelantó hacia mí. La hoja de un afilado cuchillo centelleaba en sus manos.

Lo dejé que se adelantara y esquivé su embestida golpeándolo con la botella en la cabeza.

Escuché el crujir de sus huesos y el estrépito de la botella al romperse. Alec intentó volverse hacia mí con la cara bañada en sangre pero se desmoronó a mis pies.

Oí a mis espaldas el gruñido de Slim y, cuando intenté volverme, ya lo tenía sobre mí. Estaba enardecido y avanzaba con la cabeza gacha como un toro.

Le golpeé con el codo en medio de la nariz y luego le di con el revés de la mano en la nuca.

De su garganta escapó un quejido y cayó pesadamente hacia un costado.

Me volví hacia la barra.

El «Buda», el barman y el gordo camarero miraban asombrados. El barman tenía una pistola en la mano y apuntaba hacia mi cabeza.

El «Buda» le bajó el arma con la mano.

—No quiero muertos en mi local. Déjale que se vaya.

Le hice un gesto de agradecimiento con la cabeza y me volví hacia la puerta.

Antes de salir, escuché que me decía:

—Ya volveremos a vernos, Harter. Te recomiendo que no te acerques más por estos barrios... podrías sufrir un lamentable accidente.

—Gracias por el consejo, «Buda».

Salí a la calle y regresé andando hasta mi viejo Plymouth.

Cuando entré en el despacho eran ya casi las tres de la tarde. No había probado bocado en todo el día y el estómago no me lo perdonaba.

Lorna se había puesto el abrigo y tenía el bolso en la mano.

—Hola, jefe. Ya me iba.

—¿Alguna novedad?

—Edward Greaves le mandó el talón con el importe de la factura y una carta de agradecimiento. Está muy contento con la solución del caso. También llamó al inspector Wallace.

Cogí el teléfono y llamé a Wallace.

—Por esta vez se escapa, Harter —rugió el inspector que parecía apenado por no poder meterme en cintura—. La bala que liquidó a Bailey la llevaba en el cuerpo desde hacía tres días.

—Lo siento, inspector —me burlé—. Otra vez será. ¿Alguna otra cosa?

—Bailey había cometido un atraco hace tres años. Tres millones de dólares que nunca aparecieron.

Dejé escapar una exclamación, simulando no saber nada del asunto.

—Gracias, inspector. Le agradecería que me mantuviese informado.

—¿Para qué? Nada tiene que ver usted con este caso.

—El muerto es mío —bromeé—. Lo encontré en mi casa.

Wallace lanzó un juramento y colgó el teléfono.

Me volví hacia Lorna, que permanecía de pie frente a mi escritorio.

—¿Tiene algún compromiso?

—Pensaba ir a comer.

—Podemos hacerlo juntos. Luego podemos ir a Hartford. Quiero hablar con el sheriff. Te informaré en el camino.

Antes de salir puse un par de telegramas solicitando información sobre Joe Blake y Robert Dickson.

Quería tener buenas cartas en la mano antes de comenzar a jugarlas.

CAPÍTULO IV

Dejé a Lorna en la biblioteca local con la misión de recabar en la prensa toda la información posible sobre el atraco al camión blindado y sus posibles implicaciones, y me encaminé a las oficinas del sheriff. Era un edificio de una sola planta, antiguo y gris. En la puerta de madera había pegado un cartel en el que se leía:

JEFE DE POLICÍA - ALGUACIL

Llamé a la puerta.

—Entre —dijo una voz ronca del otro lado.

Penetré en su interior. La oficina del sheriff era una amplia habitación con un viejo escritorio de madera en uno de sus rincones, un fichero antiguo de puertas corredizas y un hogar donde ardían algunos leños. En una de las paredes colgaba un mapa de la región y, detrás del escritorio, había un retrato de Abraham Lincoln.

Un hombre estaba sentado en una silla giratoria con los pies apoyados sobre el escritorio. Tendría unos cincuenta años, su pelo era negro aunque canoso en las sienes. De complexión fuerte aunque no demasiado, llevaba una chaqueta gris con una estrella colgada debajo de la solapa.

Me miró como si fuera un marciano y quitó los pies de encima del escritorio.

—Adelante —dijo y señaló una silla que estaba del otro lado de la mesa—. Tome asiento.

Me senté.

—¿Qué se le ofrece, señor...?

—Harter. Al Harter. Quisiera hablar con el sheriff, John Hale.

—Soy yo. ¿En qué puedo servirle?

—Busco información. Es sobre un atraco a un camión blindado. Creo que se produjo en su jurisdicción. Hace de esto tres años.

—Claro que lo recuerdo. Aquí suceden muy pocas cosas y cuando se produce un hecho como ese, resulta difícil olvidarlo.

Asentí.

El sheriff me miró con curiosidad.

—¿Es periodista?

Extraje mi carnet de investigador privado y se lo extendí.

Lo estudió durante un par de segundos y me lo devolvió. La expresión de su rostro era ahora menos amable.

—Es un caso archivado. Han pasado tres años y no creo que nunca encontremos a los fugitivos ni recuperemos un dólar de su dinero. Pero... ¿por qué este interés repentino, señor Harter?

—Peter Bailey ha escapado de la cárcel. Al parecer intentaba recuperar su parte pero recibió un balazo en el pecho y murió tres días

después.

—Eso no cambia las cosas.

—Quizá sí, quizá no. ¿Le molestaría darme alguna información?

—No veo por qué no habría de hacerlo.

—Según he leído en la prensa, usted recibió una información, un día antes del atraco.

—Sí. Sabíamos que se iba a producir y les tendimos una trampa. Pero algo salió mal. Según nuestros informes, los maleantes pensaban atracar el camión blindado en el kilómetro doscientos treinta y cuatro, pero lo hicieron cinco kilómetros antes. Esto impidió que llegásemos en el momento preciso. Cuando nos dimos cuenta, tuvimos que perseguirlos y logramos detener sólo un coche. El otro logró escapar con el dinero.

—Entiendo. ¿Cómo recibió la información?

—Me la proporcionó Brian Callander.

Abrí la boca, sorprendido.

—¿Se refiere al Gobernador de Virginia?

—El mismo. Pero esto fue hace tres años. En aquella época no era más que Fiscal de Virginia. Un año después de aquello fue elegido Gobernador.

—¿Y cómo se enteró Callander?

—Supongo que algún maleante lo confesaría en los interrogatorios. Usted sabe tanto como yo que entre los rateros todo se sabe.

Asentí.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó el sheriff.

—Sólo una. ¿Le recuerda algo el nombre de Norman Grayson?

El sheriff meditó durante unos segundos repitiendo el nombre que le había dicho.

—Me parece haberlo oído alguna vez, pero no recuerdo cuándo.

—Era un detective privado como yo. Hace tres años que se retiró pero...

—Lamento no poder ayudarle. Si llego a recordarle le telefonearé.

Le agradecí con un gesto y le entregué una tarjeta con mi número de teléfono.

—Le enviaré una foto de Grayson —dije—. Quizá si lo ve logre acordarse.

—Es posible. Hágalo.

Lo saludé con un gesto y salí a la calle.

Eran ya las siete de la tarde y estaba oscureciendo.

Tendría que buscar a Lorna y emprender el regreso a la ciudad.

* * *

Era un camino sinuoso, salpicado de cerradas curvas y pronunciadas pendientes. El motor del Plymouth rugía a cada viraje, pegándose al

asfalto en cada curva.

Eran más de las diez de la noche y los poderosos faros del coche iluminaban la carretera cien metros adelante. Más allá, la oscuridad era total.

Siempre pensé que es estúpido dejar el pellejo en la carretera, de modo que conducía con cierta prudencia y el velocímetro marcaba una media de cincuenta millas a la hora. Con aquellas curvas y en medio de aquella oscuridad, era una velocidad más que aceptable.

Lorna estaba sentada a mi lado, seria y pensativa, y no había abierto la boca desde que salimos de Hartford.

Se lo hice notar.

—No eres buena como copiloto. No has dicho ni una sola palabra desde que salimos.

Ella sonrió. Su dentadura era perfecta. Toda ella era perfecta aunque yo pocas veces lo observaba. La veía generalmente como la secretaria eficiente y no como mujer.

—¿En qué piensas? —pregunté.

—En usted. Es un hombre extraño, Al.

—¿Y ahora lo notas?

—A veces hace cosas que no puedo entender. Por ejemplo, su intervención en este asunto. ¿Por qué lo hace? Nadie le ha contratado. No tiene nada que ganar.

—Hay tres millones de dólares flotando por ahí.

Lorna dejó escapar una risa sarcástica.

—A mí no me engaña, jefe, le conozco demasiado. Usted no se quedaría con ese dinero. No le pertenece. Tiene que haber otro motivo.

—Hay una recompensa...

Lorna meneó la cabeza.

—Tampoco es eso, Al.

—¡Qué diablos! ¿Eres mi secretaria o mi consejero espiritual?

—Ambas cosas —dijo Lorna con sarcasmo.

—Está bien. Un hombre vino a visitarme con un revólver y se quedó frito en mi casa. Eso no me gusta. Además está Grayson... En otra época, fue un gran amigo mío. Quiero saber qué ha sido de él y qué tiene que ver con todo este enredo.

Lorna sonrió.

—Me lo imaginaba, sabía que tenía que haber algo más.

—Dejemos eso y vayamos a lo práctico. ¿Encontraste algo en la biblioteca?

Lorna señaló un portafolios que tenía entre sus pies.

—Aquí están las fotocopias de los periódicos. Tendrá tiempo de entretenerse.

—Tendremos, dirás.

La muchacha sonrió.

Un destello en el retrovisor me llamó la atención. Alcé la vista y vi la luz de los faros de un coche, doscientos metros detrás de nosotros.

Lorna percibió el movimiento de mis ojos y se volvió.

—¿Cree que nos están siguiendo, jefe?

—No lo sé. Puede ser otro coche cualquiera.

Era un camino secundario de montaña y a aquella hora estaba prácticamente desierto. Faltaban aún doce millas para alcanzar la carretera general.

No tenía motivos suficientes para preocuparse demasiado. Sin embargo, tenía un mal presentimiento.

Desenfundé la 45 y la dejé a un costado del asiento.

El destello de los focos era cada vez más intenso.

Volví a mirar por el retrovisor y calculé que estarían a unos cien metros detrás de nosotros.

Me situé sobre la derecha de la calzada y reduje la velocidad, cediéndole el paso. Era una recta de más de ciento cincuenta metros y tenía tiempo suficiente para hacerlo.

El vehículo se acercó aún más y se situó a la izquierda, avanzando a gran velocidad.

Entonces lo distinguí. Era un Jeep pesado que se asemejaba a un tanque de guerra.

Acaricié la pistola y aguardé.

Lorna gritó a mi costado y me agaché instintivamente.

Escuché la detonación de un disparo y los cristales de mi ventana saltaron en mil pedazos.

Pisé el pedal del freno y el coche se detuvo con un chirriar de ruedas. Luego me incorporé y miré hacia delante.

El jeep nos había sobrepasado y podía ver la silueta de un hombre con medio cuerpo fuera de la ventanilla y con un fusil en la mano.

A mi lado, Lorna estaba pálida como un papel.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí. Al menos por ahora...

El jeep se había detenido doscientos metros adelante. Dos hombres saltaron a tierra y avanzaron hacia nosotros con las armas en la mano.

—Deben pensar que nos han alcanzado —dije—. Aún podemos sorprenderlos.

Cuando los tuve a cincuenta metros, puse el motor en marcha y arranqué bruscamente. Las ruedas chirriaron.

Los pistoleros se detuvieron y levantaron las armas.

No tuvieron tiempo de disparar.

Sólo pudieron echarse a un lado para evitar que los atropellara.

Por el espejo retrovisor les vi correr nuevamente hacia el jeep, pero mi ventaja ya era sustanciosa.

—¿Por qué no les disparó? —preguntó Lorna sorprendida.

—No quiero arriesgar tu pellejo.

Ella se encogió de hombros y se hundió en el asiento.

Pisé a fondo el acelerador y el velocímetro se detuvo en las cien millas a la hora.

Por el retrovisor ya no se veía más que la negra oscuridad de la noche.

Cuando diez minutos después alcancé la carretera general, suspiré aliviado. Sin embargo, ya no podría dormir tan tranquilo.

Alguien quería hacerme desaparecer. Alguien, cuya identidad yo desconocía, estaba molesto por mis investigaciones. Alguien quería enterrar definitivamente el pasado a cualquier precio.

Fuese quien fuese, había intentado matarme y no se conformaría con un primer fracaso. Volvería a intentarlo. Y yo lo sabía.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente, me estaba afeitando cuando escuché el sonido del teléfono. Me quité el jabón con la toalla y corrí a atender.

—¿Al Harter? —preguntó una voz que me era familiar al otro lado de la línea.

—Sí.

—Soy John Hale, el sheriff de Hartford.

—Como está, Hale. ¿Alguna novedad?

—Ayer me preguntó por un tal Norman Grayson, ¿verdad?

—Sí. ¿Ya lo ha recordado?

—Esta mañana, revisando unos papeles, encontré su tarjeta y entonces me vino a la memoria.

—Le escucho, Hale.

—Ese individuo, Norman Grayson, estuvo en mi despacho no hace mucho tiempo. Quería información sobre el atraco al camión blindado. Ha venido tanta gente por ese asunto, que ya lo había olvidado.

—¿Recuerda de él alguna cosa especial?

—Sí. Parecía bastante nervioso. Lo que más le interesaba era la relación de Brian Callander con el caso. Yo llegué a pensar que se trataba de algún asunto político para preparar la campaña electoral.

—¿Qué más le preguntó?

—No lo recuerdo exactamente. Me quedó, eso sí, su insistencia sobre la actuación de Callander.

—¿Qué le dijo usted?

—Supongo que lo mismo que le dije a usted ayer. Ah... y otra cosa. Me dejó un teléfono y una dirección.

—¿Los conserva aún?

—Sí. Están en la tarjeta.

Tomé nota de las señas y después de agradecerle su información, colgué el teléfono.

Me vestí rápidamente y salí a la calle.

El día era primaveral y decidí recorrer a pie las ocho manzanas que me separaban del despacho.

Durante el trayecto, intenté ordenar las ideas. En primer lugar estaba lo que me había dicho el sheriff. Al parecer, Grayson había descubierto alguna cosa con relación al atraco y estaba investigando. Tenía una dirección y un teléfono pero suponía que no iba a encontrarle allí. Grayson había días que había desaparecido. Sin embargo, pensaba investigar.

Luego estaba lo de Callander. ¿Por qué Grayson estaba tan preocupado con respecto a él? Algo había de extraño en todo esto y tendría que averiguarlo.

Por último, estaba el «Buda» y sus hombres. Algo sabían sobre el atraco y estaban temerosos por algo. Su reacción ante mis preguntas había sido por demás elocuentes.

Tres millones de dólares era mucho dinero.

Con esa suma se pueden comprar muchas cosas. Incluso la vida de algunas personas.

Oficialmente, el dinero se había esfumado con Joe Blake y Robert Dikson. La policía suponía que éstos habían logrado huir del país y lo estarían despilfarrando en algún lugar de Sudamérica.

Yo pensaba lo contrario.

El dinero se había quedado en este país y alguien estaba dispuesto a utilizarlo muy pronto.

Era un asunto que aún estaba demasiado oscuro, demasiado verde. Y había alguien que le interesaba que no madurase nunca.

Cuando llegué al despacho, Lorna me esperaba con una sonrisa.

—¿Cómo ha pasado la noche, jefe? —había en su rostro, en su sonrisa, una expresión insinuante, sensual.

Yo la pasé por alto. Sabía lo que Lorna buscaba de mí pero prefería hacerme el tonto. Era una excelente secretaria y una gran colaboradora. Si mezclaba el amor y el trabajo, tenía el temor de perderla.

Le devolví la sonrisa y me instalé detrás del escritorio.

Ojeé la correspondencia y separé dos cartas.

Eran de las agencias de detectives a las que había telegrafiado. Contenían toda la información que yo había pedido sobre Joe Blake y Robert Dikson. Ambos tenían un largo prontuario con el que se podría escribir un libro. Habían estado varias veces detenidos pero sus abogados habían conseguido liberarlos rápidamente.

La policía sospechaba que formaban parte de una banda que controlaba el juego clandestino en los bajos fondos neoyorquinos pero nunca habían logrado probarlo.

Se habían conocido en su juventud cuando ambos trabajaban para Nico Carolatti, uno de los *capos* de la mafia.

Eso era todo y no era mucho, por cierto. La mayor parte de la información yo ya la sabía o al menos la suponía.

Carolatti había muerto hacía casi siete años y poco provecho podía sacar de esa información.

Dejé los papeles sobre la mesa y me hundí en el asiento, pensativo y bastante decepcionado.

Estaba de nuevo en punto cero.

Lorna se sentó sobre el escritorio y preguntó:

—¿Qué le sucede, jefe? Hace mala cara.

—Nos hemos movido mucho pero no adelantamos nada. Volvemos a estar como al principio. Alguien quiere tender un velo sobre este

asunto y lo está logrando.

—Recuerde lo que sucedió anoche.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Quisieron matarle. No lo harían si no tuviesen miedo. Es un punto a su favor. No lo harían si estuviesen tan seguros.

En cierto sentido, lo que decía Lorna tenía su lógica. No había que dejarse ganar por el abatimiento. Lo mejor era seguir atacando.

Cogí el teléfono y marqué el número que Grayson le había dado al sheriff. El teléfono sonó más de diez veces sin que nadie lo atendiese.

Colgué el auricular y consulté la dirección. No quedaba demasiado lejos de mi despacho.

—Si llama alguien, que deje el recado. Quizá tarde un buen rato.

—Cuídese, jefe.

—No te preocupes, preciosa —dije y salí nuevamente a la calle.

* * *

Era un inmueble antiguo en uno de los barrios marginales de Nueva York, cerca de Harlem. En las paredes de ladrillos se veían gruesas manchas de humedad y más de una rajadura.

Crucé la calle y me sumergí en el oscuro vestíbulo.

Una mujer de unos sesenta años me salió al encuentro.

—¿A quién busca, joven?

Sonreí halagado por el piropo (hacía algunos años que no me llamaban «joven») y me volví hacia ella.

—Voy a la segunda planta, puerta A —respondí señalando a lo alto de la escalera.

—¿Y qué espera encontrar allí?

—Me dieron esta dirección...

—No se moleste en subir —dijo la mujer—. No hay nadie.

—¿Sabe cuándo regresan?

La mujer se encogió de hombros.

—¡Ojalá lo supiese! Me debe la paga de seis semanas.

—¿Se refiere a Norman Grayson?

—Por supuesto que sí. ¿A quién si no?

—¿Sabe si vivía solo?

—A veces lo acompañaba una rubia muy despampanante. Pero normalmente estaba solo.

—¿Le vio usted marcharse?

La mujer me miró con desconfianza.

—¿Se ha metido en algún lío ese bribón?

—Que yo sepa, no. Pero ha desaparecido y quisiera encontrarlo.

—Debe estar escondido en algún lado. Debía tanto dinero que no me extrañaría...

—Quisiera inspeccionar su piso. ¿Me permite la llave?

En su rostro se dibujó la misma expresión de desconfianza.

—¿Es policía? —preguntó.

Saqué mi documento de investigador y se lo enseñé.

—Soy investigador privado —dije.

La mujer se rascó la cabeza y meditó un instante.

—Usted no es policía —dijo finalmente—. No puedo darle la llave. Sería un delito.

Saqué unos billetes y se los enseñé.

La expresión huraña desapareció de su cara y sus ojos brillaron con codicia.

La ayudé a decidirse.

—Si quiere, puede acompañarme. Sólo quiero dar una husmeada.

La vieja cogió los billetes y se los guardó en el bolsillo de su delantal.

—Su palabra me basta —dijo—. Confío en que no tocará nada.

Desapareció tras una puerta y unos segundos después regresó con una llave en la mano.

—Aquí la tiene —dijo.

Cogí la llave y subí precipitadamente las escaleras. Abrí la puerta y me introduje en el piso.

Era una vivienda sórdida y oscura. Contaba sólo con dos habitaciones, un baño minúsculo y una cocina.

Encendí la luz para ver con mayor claridad.

El desorden era total. Había platos sucios con restos de comida sobre la mesa del comedor, ropa por el suelo, la cama desarreglada, papeles tirados junto a la mesa.

El desorden podía deberse a la vida bohemia y abandonada de Grayson, pero las sillas y el cuchillo podían muy bien ser indicios de violencia.

Una mancha negruzca y reseca sobre la alfombra confirmó mis sospechas.

Era sangre que debía llevar más de quince días.

Registré los armarios temiendo encontrar algún cadáver, pero no hallé más que ropa y papeles.

Si alguien había sido herido, lo habían sacado del piso.

Busqué en todos los cajones de la cómoda sin encontrar nada de interés.

Cuando ya me retiraba desesperanzado, mis pies se enredaron en la alfombra y estuve a punto de caerme.

Fue entonces cuando descubrí un bulto casi imperceptible en el centro de la alfombra.

Intenté quitarla pero estaba pegada al suelo.

La arranqué de un tirón y encontré una pequeña carpeta azul. Me abalancé sobre ella y la abrí lleno de ansiedad. En su interior había varios papeles, todos relacionados con el atraco al camión blindado.

Recortes de prensa, una copia mecanográfica del juicio contra Peter Bailey, un folleto de propaganda para la campaña electoral de Callander, algunas anotaciones relacionadas con el caso pero que no aportaban nada nuevo.

Sin embargo, había un par de cosas que me llamaban la atención. En primer lugar, una fotografía de un rancho con una cruz marcada a bolígrafo en la parte posterior de la casa. Luego otra fotografía en la que se veía a un hombre rubio y elegante junto a una hermosa jovencita. Al hombre era fácil identificarlo: era Callander.

Cerré la carpeta y la escondí en mi espalda, debajo de la americana.

La mujer me esperaba al pie de la escalera.

—¿Encontró lo que buscaba?

—No, pero vi algo extraño. ¿Recuerda la última vez que vio a Grayson?

—Sí. Lo vinieron a buscar tres hombres y salió con ellos. Fue hace unos quince o veinte días.

—¿No notó algo extraño en él, como si estuviese enfermo o herido?

La mujer pensó durante un buen rato.

—Ahora que lo recuerdo, me pareció que iba un poco pálido. Sí, señor. Iba pálido y asustado... ahora lo recuerdo bien porque lo comenté con mi marido.

—Tiene que recordar cómo eran esos hombres. Es muy importante.

—De uno de ellos no podré olvidarme nunca mientras viva. Era alto y muy gordo. Algo enorme.

—Parecido a un buda.

La vieja se quedó mirándome.

—No le entiendo...

—No importa, *mam*. Eres un cielo —le dije y la besé en la frente.

La mujer se quedó con la boca abierta, sin entender nada, mientras yo salía precipitadamente.

Ya sabía dónde buscar a Grayson.

CAPÍTULO VI

Cuando entré al «Saratoga», el local estaba en plena animación. Era cerca de medianoche y las mesas estaban abarrotadas de putas viejas, borrachos y rateros de poca monta. En el escenario una mujer escasa de ropas aullaba una canción al compás de una música.

Me abrí paso hasta la barra y me senté en un taburete.

Al verme, los ojos del barman destilaron odio. Debía de tener un mal recuerdo del día anterior.

—Un escocés —dije—. Pero que sea auténtico.

—Váyase, Harter.

—Acabo de llegar, amigo. Sírreme lo que te he pedido si no quieres que arme aquí un buen jaleo.

El hombre se encogió de hombros y llenó un vaso de whisky. Antes de entregármelo, apretó un botón que había debajo del mostrador.

Yo sabía lo que aquello significaba, pero me tenía sin cuidado.

Probé el whisky. Esta vez era auténtico.

No pasó más de un minuto antes de que Slim acudiera a la llamada.

—¿Qué haces aquí, Harter? Ya oíste lo que te dijo el jefe. Es mejor que te alejes de estos barrios si no quieres sufrir un accidente lamentable.

—Anoche estuve a punto de sufrirlo... y no fue precisamente en estos barrios.

—No sé a qué te refieres. Ahora lárgate antes de que tengamos que ponerte las manos encima.

—El otro día lo intentaste... ¿Quieres volver a probarlo?

Me miró con odio.

—Te lo digo por última vez, Harter. Aquí no se te ha perdido nada.

—Te equivocas. Norman Grayson se me ha perdido y tengo la sospecha que lo tenéis guardado en algún sitio.

Su rostro enrojeció de ira pero no dijo nada.

Yo continué:

—He venido a ver al «Buda» y quiero hablar con él. Será mejor que le anuncies mi visita.

Slim avanzó hacia mí, pero yo lo cogí por un brazo y se lo doblé a la espalda, presionando hacia arriba.

Lanzó un gruñido y se dobló hacia abajo intentando zafar de la presión de mi mano.

Lo enderecé y susurré a su oído.

—Será mejor que me lleves hasta él si no quieres alarmar a la clientela.

Slim maldijo por lo bajo y yo lo empujé hacia una puerta que había al fondo del local.

Los clientes nos miraron absortos atravesar el local.

Slim delante y yo a su espalda, retorciéndole el brazo.

Cuando entramos en la oficina el «Buda» estaba hablando por teléfono. Me miró como si se tratase de un fantasma, con los ojos muy abiertos por el asombro. Barboteó unas disculpas y colgó el teléfono. Luego se inclinó hacia delante en la silla.

—Así que de nuevo tú. Te la estás buscando. Pero... ¿qué diablos estás haciendo, Slim?

Slim estaba inclinado hacia el suelo con el rostro rojo de dolor, los ojos saltones y la boca abierta emitiendo unos extraños ruidos.

—Quiso repetir la experiencia del otro día —dije mientras presionaba su brazo un poco más hacia arriba hasta oír el crujido de sus huesos—. La verdad es que no sé qué hacer con él ahora que lo tengo.

—Confías demasiado en tu suerte, Al.

—Qué quieres que le haga si soy un tipo afortunado.

—Deja ir a Slim y hablemos nosotros solos.

Abrí la puerta con la otra mano y arrojé a Slim hacia fuera. Cayó contra una mesa con gran estrépito.

Me sacudí las manos y volví a cerrar la puerta.

—¿Qué quieres esta vez, Al? —dijo el «Buda» que parecía nervioso e impaciente.

—Quiero a Grayson.

—Ya te dije que no tengo idea...

—Esta vez no me engañas, «Buda» —le interrumpí bruscamente—. Te vieron salir con él de su casa hace quince días. Luego no se le ha vuelto a ver.

Comenzó a sudar.

—Te juro, Al que... que no sé nada.

—Estoy perdiendo la paciencia «Buda». Tú ya sabes lo que eso significa.

Le vi abrir lentamente un cajón de su escritorio pero yo fui más rápido.

Desenfundé la pistola y le apunté a su voluminoso vientre.

—Ni siquiera lo mientes, «Buda».

El «Buda» retiró la mano. Estaba pálido y tembloroso.

—No sé nada de Grayson, Al. Te lo prometo.

—Muy bien. Se lo comunicaré al inspector Wallace. Quizá quiera hacerte él algunas preguntas.

—No lo haga, Al. Es verdad que estuve con Grayson. Recibí un encargo. Pero era sólo para asustarle un poco. No le hicimos nada.

—¿De quién era el encargo?

—No lo sé. Sabes cómo son esas cosas...

Noté una expresión extraña en los ojos del «Buda» y escuché un ruido casi imperceptible a mis espaldas.

Me volví con rapidez y por el rabillo del ojo alcancé a ver la mano de Slim que se acercaba a mi cabeza con una cachiporra.

No pude ver nada más.

Intenté echarme hacia un costado y esquivarle pero recibí el golpe detrás de la oreja.

Sentí la sangre que chorreaba por el cuello y la habitación comenzó a girar a mi alrededor.

Caí de rodillas al suelo intentando recuperar mi 45 que se había deslizado entre mis dedos.

Aquel fue el último detalle que quedó grabado en mi mente.

Luego la oscuridad, las tinieblas, la caída hacia un profundo pozo sin fin.

* * *

Tenía las piernas arrolladas y casi no podía moverme.

Abrí los ojos pero no alcancé a ver nada. Todo estaba oscuro a mi alrededor.

Intenté estirarme pero mis piernas chocaron contra una superficie de metal.

Estaba encerrado en un espacio muy reducido, algo así como una caja de metal.

De pronto mi mente se fue aclarando y llegó hasta mis oídos el ronquido de un motor.

Entonces me di cuenta. Estaba en el maletero de un coche al que seguramente me habían trasladado los hombres del «Buda» después de golpearme.

De todas formas, podía sentirme contento. El «Buda» debía tener algún interés en conservarme con vida. De lo contrario, ya me habría asesinado.

El coche anduvo durante más de una hora y se metió por un camino que yo suponía lleno de pozos.

Finalmente se detuvo y oí el ruido de las portezuelas al abrirse. Luego unos pasos que se acercaban hacia mí. Cerré los ojos y fingí estar inconsciente.

La tapa del maletero se abrió y me sacaron al exterior.

A través de los párpados apenas entreabiertos distinguí la gruesa figura del «Buda». A su lado estaban Slim y Alec.

Uno de los pistoleros me cogió por las piernas y el otro por los brazos. Cargándome de esa forma avanzaron por un sendero de grava.

A lo lejos, en medio de la noche, se distinguían las luces de un moderno rancho.

Al principio, la imagen del rancho me chocó y no demoré más que un par de segundos en descubrir que era el mismo rancho de la foto que había encontrado en los de Grayson.

Los hombres se detuvieron frente a la puerta del rancho y el «Buda» tiró de una campanilla.

Cinco minutos después, la puerta se abrió y los hombres entraron cargándome en brazos.

Una rubia de pelo platinado los miraba con expresión somnolienta.

—Lamento haberte sacado de la cama, Rosie. Traemos a un nuevo huésped.

—Está bien —dijo ella—. Llévadlo abajo.

Los pistoleros me cargaron por una escalera, resoplando mientras descendían los peldaños y finalmente me arrojaron al interior de una oscura habitación.

Mis huesos dieron contra el suelo y luego escuché el ruido de la puerta al cerrarse.

Me arrastré por el suelo hasta llegar a un viejo camastro. Me acosté sobre el colchón y cerré los ojos.

Me dolía horriblemente la cabeza y necesitaba reponer fuerzas. Suponía que en unas pocas horas podría necesitarlas.

CAPÍTULO VII

Un rayo de sol me dio de lleno en el rostro. Abrí los ojos y a través de una ventana recubierta por gruesos barrotes de hierro, vi las copas de los árboles que se agitaban suavemente contra el cielo azul.

Sentía un dolor agudo en la cabeza, como si tuviese un cuchillo atravesado en la nuca. La sangre se había resecado en el cuello y en la hombrera de la americana.

Me llevé una mano a la cabeza y percibí un corte largo y bastante profundo, justo detrás de la oreja. El canalla de Slim me había golpeado con todas sus fuerzas.

Me senté en la cama y pese al dolor que me agujoneaba la cabeza, procuré poner en orden las ideas.

La reacción del «Buda» había sido definitiva. Ya no cabía la menor duda de que había tenido algo que ver con la desaparición de Grayson. Este posiblemente se encontrase ahora muerto.

Lo más probable era que Grayson hubiese descubierto algo con relación al atraco de los tres millones y hubiese querido aprovecharse de ello.

Pero yo conocía bien al «Buda» y sabía que él no era capaz de planearlo todo por sí solo. Era un pistolero de poca monta en el mundo del hampa y acostumbrado a recibir órdenes.

En todo aquello había sin duda un cerebro, un jefe que movía a los pistoleros como peones de ajedrez. Alguien con mucho poder o con mucho dinero.

Y había tres millones de dólares flotando en el ambiente.

Joe Blake y Robert Dikson podían muy bien ser las piezas que movían aquel engranaje. Podían estar escondidos en algún lugar seguro y dispuestos a limpiar todas las pistas antes de salir de sus escondites. Por eso habían ordenado liquidar a Bailey cuando éste quiso llegar hasta ellos y luego a Grayson cuando descubrió su paradero.

Pero esto no era más que una teoría y no alcanzaba a convencerme plenamente.

Luego estaba el asunto Callander.

¿Qué pintaba él en todo esto?

¿Por qué Grayson estaba tan interesado en él?

Aún faltaban muchos puntos por aclarar, pero tenía el presentimiento de que estaba bastante cerca de la solución.

Me puse de pie trabajosamente y me asomé por la ventana.

A través de los barrotes vi dos vehículos frente al porche de la casa. Uno era el jeep del que me habían disparado la otra noche. El otro era un moderno Chevrolet cuyo maletero había conocido por dentro.

Volví a sentarme en la cama y esperé.

Momentos después, la puerta se abrió y entró el «Buda» seguido de

Slim y Alec. Se detuvo frente a mí y me miró con una sonrisa cínica.
—Eres un buen chico, Al —dijo con tono burlón—. Lástima que seas tan curioso...

—Mi mamá solía decir lo mismo.

El «Buda» lanzó una horrible carcajada.

—Veo que no has perdido el sentido del humor. Pero me temo que pronto no te van a quedar ganas de hacer chistes.

—¿No? ¿Y quién me lo va a impedir? —pregunté mirando a los tres pistoleros.

Slim sacó la cachiporra y la agitó en el aire. Luego dijo:

—¡Esto!

—Sólo sabes usarla por la espalda o cuando tu adversario está dormido. Será mejor que guardes el juguete, Slim antes de que me enoje y te lo haga tragar.

Slim me lanzó una mirada de odio y se adelantó con intenciones de golpearme. El «Buda» lo detuvo.

—Déjalo por ahora, Slim.

Slim retrocedió con furia contenida.

—Lástima que sea tan entrometido, Al —continuó el «Buda»—. Grayson tenía el mismo defecto.

—¿Dónde lo tienes? —pregunté.

—No te preocupes, pronto irás a hacerle compañía.

Comprendí inmediatamente lo que quiso decir. Grayson estaba muerto tal como yo pensaba.

—Sólo tienes una oportunidad, Al —agregó el pistolero—. Sólo una.

—¿Cuál?

—Que me entregues los documentos.

—¿Qué documentos?

—No te hagas el gracioso, Al. Estuviste en casa de Grayson. Tú mismo me lo dijiste.

Así que querían aquella carpeta. Tenía que haber algo allí que yo no había descubierto. En aquellos papeles debería estar la solución del caso. Ahora comprendía el motivo por el cual aún estaba con vida. Querían recuperar los documentos antes de liquidarme.

—Es verdad —dije—. Tengo esos documentos. Pero no pienses que te los voy a entregar.

—Entonces me veré en la obligación de liquidarte.

—Lo harías de todos modos.

—No. Si me entregas los documentos, podríamos llegar a un acuerdo. Te doy plazo hasta medianoche. Piénsalo bien.

El «Buda» se dio media vuelta y salió de la habitación seguido de sus dos hombres.

Me quedaba apenas diez horas para encontrar una forma de escapar.

Faltaban pocos minutos para la medianoche cuando reapareció Slim. Venía solo y tenía una pistola en la mano.

—Te ha llegado la hora —dijo sonriendo cínicamente—. A menos que hayas decidido hablar.

—No me sacaréis ni una palabra.

El pistolero volvió a sonreír. Tenía verdaderos deseos de acabar conmigo.

—¡Levántate! —exclamó.

Le obedecí.

Sentí el frío contacto del metal contra la espalda y la mano del pistolero que me empujaba fuera de la habitación.

Atravesamos un pasillo y salimos por una puerta a la parte exterior de la casa.

Era una noche clara, de luna llena, y las ramas de los árboles se balanceaban por los efectos del viento.

Un sudor frío me recorría la espalda mientras avanzaba por el jardín.

Había caminado unos veinte pasos, cuando Slim ordenó:

—¡Detente!

Le obedecí y esperé el disparo.

Transcurrieron unos segundos en silencio. A mí me parecieron una eternidad.

Le miré por el rabillo del ojo y le vi con una pala en la mano y la pistola en la otra. Estaba cinco metros detrás de mí. Demasiado lejos para intentar sorprenderle y demasiado cerca para intentar escapar.

Me arrojó la pala que cayó a mis pies.

—¡Cava! —ordenó.

En seguida me di cuenta de cuál era su propósito.

Quería que cavase mi propia tumba.

Cogí la pala y levanté la cabeza hacia él. Se había sentado sobre una piedra y sonreía cínicamente. Estaba disfrutando enormemente de todo aquello.

Comencé a cavar lentamente. La tierra no era demasiado dura y la pala se clavaba con facilidad. Mientras lo hacía, mi mente trabajaba a gran velocidad.

Tenía que encontrar una forma de sorprenderle.

Cuando el pozo estuviese suficientemente hondo Slim dispararía contra mí y luego me cubriría de tierra.

—Eres muy flojo —gritó Slim sin dejar de reír—. ¡Cava más de prisa!

Yo mantuve el mismo ritmo, haciéndolo cada vez un poco más lento, intentando ganar tiempo mientras se me ocurría alguna cosa.

Mientras clavaba la pala en la tierra le controlaba por el rabillo del ojo. No quería que me disparase por sorpresa.

De pronto, la pala chocó contra un objeto duro. Continué cavando con

mayor énfasis hasta descubrir una piedra de unos tres kilos de peso.

Dejé la pala a un costado y la cogí con las dos manos.

Slim percibió el movimiento y gritó:

—¡Ey! ¿Qué haces?

Se puso de pie y se adelantó hacia el pozo con la pistola en la mano. Esperé hasta tenerlo cerca y le arrojé la piedra que le dio de lleno en el pecho.

Slim disparó casi al mismo tiempo, pero la bala se le desvió por el impacto de la piedra.

Volví a coger la pala y salté del pozo.

Slim tenía aún la pistola en la mano y trató de incorporarse.

No le di tiempo de hacerlo.

Levanté la pala en alto y descargué un violento golpe contra su cabeza.

Escuché el crujir de los huesos al tiempo que lanzaba un alarido de dolor.

Volví a golpearlo con el filo de la pala y esta vez lo alcancé en el cuello.

Ni siquiera gritó. La sangre comenzó a manar de una herida profunda que le atravesaba el cuello y sus ojos vidriosos quedaron mirando al cielo.

No tuve necesidad de acercarme más para comprobar que estaba muerto.

Cogí la pistola que aún colgaba de su mano y me acerqué a la casa.

El «Buda» y Alec salieron a mi encuentro alertados por el ruido.

Levanté la pistola y les di la voz de alto.

Alec se llevó la mano a la sobaquera y desenfundó, pero yo disparé primero.

La bala se le incrustó en el pecho y cayó hacia delante dejando escapar un ronco quejido.

Cuando me volví hacia el «Buda», éste ya había desaparecido por un costado de la casa.

Escuché el rugido de un motor al ponerse en marcha y luego le vi alejándose en el jeep a toda velocidad.

Regresé al rancho y busqué por todas las habitaciones. Tal como me lo imaginaba, no encontré a nadie.

Descolgué el teléfono pensando llamar a la policía, pero inmediatamente me di cuenta de que ni siquiera sabía dónde me encontraba. No podía decirles que viniesen a un lugar que no podía identificar.

Salí al exterior y subí al Chevrolet. No tenía las llaves puestas, pero me resultó fácil hacer un puente y poner el motor en marcha. No resultaría difícil encontrar algún camino que me llevase de nuevo a la ciudad.

CAPÍTULO VIII

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando regresé a Nueva York. Había tardado más de una hora en encontrar el camino de regreso pero ahora tenía una idea más o menos exacta del lugar donde había estado prisionero.

Me detuve en una cabina y llamé al inspector Wallace. Me atendió el cabo de guardia y me dijo que el inspector estaba en su casa y que a esa hora no era conveniente llamarle.

Le conté sucintamente lo que había sucedido y le dije que, si llegaban al rancho, encontrarían dos cadáveres en la parte posterior de la casa. Colgué el teléfono y regresé al coche. Puse el motor en marcha y me dirigí al apartamento de Lorna.

La muchacha se asustó un poco al verme en aquel estado.

—¿Qué ha pasado, jefe? —dijo mirando la sangre reseca que manchaba mi ropa.

La miré de arriba a abajo y no pude reprimir un silbido. Vestía una bata de noche rosada que dejaba traslucir parte de sus hermosos pechos y sus bronceados muslos.

Ella se ruborizó pero no intentó cubrirse. Por el contrario, se acercó y me acarició suavemente el bulto que tenía en el cuello.

—¿Quién le ha golpeado? —volvió a preguntar.

—Unos pistoleros. Los mismos que intentaron matarnos la otra noche. Pero no te preocupes por ellos. Ya no podrán intentarlo de nuevo.

—Están...

Hizo una cruz en el aire.

—Sí. Muertos —respondí con toda naturalidad.

Lorna se volvió hacia un sofá y dijo:

—Puede quedarse a dormir aquí. Le prepararé una cama en este sofá.

—No hace falta, Lorna. Sólo quiero revisar los documentos que te di esta tarde.

—¿A esta hora...?

—Sí. Creo que ahí está la clave de todo y yo aún no supe verlo.

Lorna se encogió de hombros un poco desilusionada. Me pareció que esperaba de mí otra cosa. Y no es que a mí me desagradase...

Lorna salió de la habitación y, unos minutos después, regresó con la carpeta azul. La puso sobre la mesa.

—Aquí la tiene, jefe.

Abrí la carpeta y repasé nuevamente todos los papeles. Sin embargo, seguía sin encontrar nada nuevo, nada revelador.

La fotografía del rancho cobraba ahora sentido. No así la fotografía de Callander y el folleto de propaganda electoral.

—Tendré que hacerle una visita a ese Callander —dije—, es el único cartucho que me queda por gastar.

—Por qué no lo deja para mañana. Al señor gobernador no creo que le haga gracia recibirle a esta hora.

Sonreí y le cogí la mano.

—Gracias, Lorna. Eres la secretaria perfecta...

—¿Sólo eso? —preguntó con una mirada insinuante.

Intenté reprimir mis deseos.

—Será mejor que vayamos a dormir —dije—. Es un poco tarde.

—Antes tendré que curarle la herida.

Asentí y me dirigí al lavabo. Ella me siguió y abrió el grifo. Metí la cabeza debajo del agua y comenzó a lavarme la herida.

Estaba situada justo detrás de mí y podía sentir el calor de su cuerpo contra mi piel.

Luego me quitó de la bañera, me secó el cabello, desinfectó la herida con alcohol y colocó una gasa y un esparadrapo.

Mientras lo hacía yo no podía quitar los ojos de sus hermosos pechos que se agitaban frente a mí, debajo de la bata semitransparente.

—Ya está listo —dijo después de haberme colocado el vendaje.

Estaba muy cerca de mí y podía sentir su aliento junto a mi boca.

Ya no pude reprimirme.

La cogí por la cintura y la besé apasionadamente.

Nuestras lenguas se acariciaron mientras mis manos recorrían su hermoso cuerpo.

No tuve más que desatar el cinto de su bata para admirar su hermosa desnudez y, poco después, yo también estuve desnudo.

Cogiéndola en brazos, la llevé hasta la cama y me acosté sobre ella.

Nuestros cuerpos se fundieron en uno solo y Lorna emitió un ronco gemido al producirse la unión de los sexos.

Me agité sobre ella, besándola y acariciándola y sentí que sus uñas se clavaban en mi espalda al tiempo que lanzaba un grito de placer.

Momentos después, ambos nos dejamos caer hacia un costado, exhaustos y satisfechos.

La rodeé con mis brazos y, sintiendo el calor de su cuerpo desnudo junto al mío, cerré los ojos y me quedé profundamente dormido.

* * *

A la mañana siguiente, cuando llegué al despacho, el inspector Wallace me estaba esperando en la puerta. Le acompañaban otros dos policías y tenía cara de pocos amigos.

—Hola, inspector. Lamento haberle hecho esperar. Si me hubiese avisado que venía...

—Estuve telefoneando a su casa toda la mañana. ¿Dónde diablos se había metido?

Recordé que había pasado la noche con Lorna, y no precisamente durmiendo...

—Ha sido una noche muy agitada.

—Me lo imagino, Harter. Acabo de venir del rancho «White Horn».

Abrí la puerta del despacho e hice un ademán para que entraran.

El inspector Wallace se sentó en una silla y comenzó a masticar tabaco.

Me senté tras el escritorio y esperé a que hablara.

—Le advertí, Harter, que no se metiera en líos... y no soy de los que me gusta repetir las cosas. Esta vez ha ido demasiado lejos. En los jardines del «White Horn» hemos encontrado dos cadáveres.

—Fue en defensa propia, inspector. Y usted lo sabe. Esos dos hombres eran pistoleros y tenían un largo historial.

Wallace asintió con un movimiento de cabeza. Luego preguntó:

—De todas formas, no estaban requeridos. ¿Qué estaba haciendo usted en ese rancho?

Le enseñé mi herida en la nuca.

—La noche anterior me habían secuestrado. Tenían intenciones de liquidarme pero yo me les adelanté.

—¿Qué razón tenían para hacerlo?

—Estaba investigando sobre la muerte de Bailey y el atraco al camión blindado. Al parecer Norman Grayson había averiguado algo pero desapareció hace quince días. La portera del edificio me dijo que la última vez que le vio iba acompañado del «Buda» y sus hombres. Entonces decidí ir al «Saratoga» a preguntárselo. Cuando estaba en eso alguien me golpeó por la espalda y desperté en el rancho. El resto ya se lo he dicho, intentaron liquidarme pero yo fui más rápido. El «Buda» logró escapar en un jeep, debería intentar localizarle.

Wallace escuchó pacientemente mi relato, masticando tabaco con ostentosos movimientos de mandíbula.

—El «Buda» apareció esta mañana —dijo el inspector.

—¿Lo ha detenido?

Wallace negó con un movimiento de cabeza.

—¿Dónde está, entonces? —pregunté.

—En la morgue. Tenía un balazo en el cerebro.

Abrí la boca y le miré atónito.

—¿Está seguro de que era él?

—Totalmente. Es más, en un principio pensamos que había sido obra suya, Harter.

Negué con un movimiento de cabeza.

—No he sido yo. Pero pensándolo bien, no me extraña que le hayan liquidado. El «Buda» trabajaba para alguien y al ser descubierto se había convertido en un elemento peligroso. Seguramente le mató su propio jefe.

—¿Y quién es ese jefe y qué es lo que se propone? —preguntó Wallace con cierto tono burlón.

—No lo sé. Había pensado en Joe Blake y Robert Dikson. Ellos son los primeros interesados en echar tierra sobre este asunto y quienes mayor interés tenían en hacer desaparecer a Bailey. Además tienen tres millones de dólares. Con ese dinero podría pagar a todos los pistoleros del Estado.

Wallace meditó durante un buen rato. Luego hizo una mueca y me dijo secamente:

—No lo creo. Blake y Dikson no pueden estar en el país. Tarde o temprano los hubiésemos descubierto. Es difícil mantenerse oculto durante tres años en una ciudad como ésta.

—Yo no he dicho que estén en la ciudad. Pueden haber alquilado una casa en el campo o en cualquier otra parte. Sé que resulta difícil pero no imposible. De momento es la única respuesta válida. Si no ¿quién mató a Bailey?

—Según el informe de balística le dispararon con la misma pistola de Slim. Él fue seguramente el asesino.

—Pero alguien se lo había encargado. ¿No le parece?

—Sí. Es más que probable. ¿Y qué me dice de Grayson?

—Sólo sé lo que ya le he dicho. Ha desaparecido de su casa y de los lugares que frecuentaba. Si descubrió algo sobre el atraco a estas alturas es más que probable que esté varios metros bajo tierra o en el fondo de algún río con una piedra atada al cuello.

Wallace se había suavizado repentinamente. Al parecer, la información que le estaba proporcionando lo había desarmado un poco. Sin embargo, intentó recomponer su fama de hombre duro y me advirtió:

—Todo esto está muy oscuro, Harter. Deje que nosotros nos encarguemos de la investigación y manténgase apartado del asunto.

—No puedo hacerlo, inspector. Ya estoy metido en esto, le guste o no le guste a usted.

Wallace me señaló con el índice y bramó:

—No diga después que no se lo he advertido. A la próxima que haga tendré sumo placer en meterlo entre rejas.

—No se preocupe, inspector. Intentaré no infringir la ley.

Wallace se puso de pie y yo le acompañé hasta la puerta. Antes de que saliera, le extendí la mano. Me la estrechó de mala gana y se fue acompañado por los dos agentes.

Regresé a mi asiento y me eché hacia atrás en la butaca. Puse los pies sobre el escritorio y pensé que este asunto estaba tomando un cariz demasiado violento e inesperado.

Con la muerte del «Buda», ya eran cuatro los cadáveres que tenía a mis pies.

De confirmarse mis sospechas, el de Grayson podía ser el quinto.

Mientras pensaba en todo esto, se abrió la puerta del despacho y

apareció Lorna. La veía más bella y radiante que nunca, aunque llevaba el mismo traje gris de cada mañana.

—Buenos días, jefe —dijo como si no hubiésemos pasado la noche juntos—. Tiene algún encargo para mí.

Volvía a ser la misma secretaria eficiente de siempre y ni siquiera me tuteaba.

—Llama a Richmond y pide una entrevista con Callander.

Se dejó caer en su asiento y, cogiendo el teléfono, se dispuso a cumplir mi encargo.

CAPÍTULO IX

Cuando llegué a Richmond, faltaban aún veinte minutos para las doce. Aparqué el coche frente a la Casa de la Gobernación y me dispuse a hacer tiempo bebiendo un café en un bar cercano. La secretaria del gobernador me había dado cita para las doce.

Faltaban aún cinco minutos cuando subí las suntuosas escaleras de la edificación y, acompañado por un conserje, me dirigí hacia el despacho del gobernador.

Una joven morena y hermosa salió a mi encuentro balanceando rítmicamente las caderas. Tendría unos veintisiete años y llevaba un conjunto azul, discreto pero ajustado al cuerpo, que hacía juego con sus ojos. Su rostro, de ojos grandes, nariz perfecta y labios carnosos y sensuales, me resultaba familiar.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó la muchacha.

Tuve ganas de decirle que en muchas cosas, pero no quise parecer grosero.

—Tengo cita con el señor gobernador —me limité a decir.

La mujer cogió una agenda y recorrió una página con la punta de un lápiz.

—¿Cuál es su nombre?

—Al Harter.

—Sí, sí. Aquí lo tengo. Tendrá que esperar unos minutos. El señor Callander está reunido.

Me senté en un confortable sillón del vestíbulo, encendí un cigarrillo y comencé a jugar con el mechero.

La mujer se situó casi enfrente de mí y se dedicó a ordenar la correspondencia. Había cruzado las piernas dejando ver parte de sus espléndidos muslos. Con aquel panorama delante no tenía tiempo para aburrirme.

Me preguntaba cómo haría el señor Callander para concentrarse en su trabajo teniendo semejante monumento como secretaria.

Habían transcurrido apenas cinco minutos cuando la puerta del despacho se abrió y salieron tres hombres.

La secretaria los despidió con una sonrisa encantadora y luego se puso de pie y entró en la oficina de su jefe. Reapareció un minuto después.

—Puede pasar, señor Harter.

Le agradecí con una inclinación de cabeza y entré en el despacho del gobernador.

Brian Callander era un hombre de unos cuarenta años, cabellos rubios, alto y elegante. Vestía un traje gris de alpaca y lucía una amplia sonrisa, enseñando todos los dientes como si estuviese haciendo publicidad para algún producto dentífrico.

—Tome asiento, señor Harter —dijo señalando la silla que estaba

frente a su escritorio.

Le estreché la mano y me senté.

—¿A qué se debe su visita, señor Harter? Me comunicó mi secretaria que venía usted de parte de John Hale.

—En parte sí. Mencione ayer su nombre al pedir la entrevista porque de otra forma temía que usted no me la concediese.

Mudó inmediatamente la expresión de su rostro. La sonrisa que curvaba sus labios se transformó en una mueca de asombro.

—¿Qué es lo que pretende? Sepa que soy un hombre político y no puedo perder mi tiempo gratuitamente.

—Lo sé, señor gobernador, y le pido disculpas. Sólo deseaba hacerle algunas preguntas.

—¿Sobre qué asunto?

—El atraco al camión blindado del American City Bank. ¿Lo recuerda usted?

—Sí, por supuesto. Pero... ¿es usted policía?

Extraje de mi cartera la licencia de investigador privado y se la pasé. La miró detenidamente y luego me la devolvió.

—¿Para quién trabaja? —preguntó.

—Para Norman Grayson. ¿Le conoce?

—No —dijo fríamente y consultó nerviosamente su reloj de pulsera. Luego añadió—: Se está haciendo tarde, señor Harter. Los alguaciles de Virginia me esperan para una Junta.

—Sólo quiero hacerle un par de preguntas. He viajado desde Nueva York para hacérselas.

Callander hizo un gesto de resignación.

—Está bien. Adelante.

—El sheriff de Hartford me dijo que usted había tenido cierta participación en la detención de los atracadores del camión blindado.

—Sí, es cierto. Pero no todo salió como pensábamos. El atraco se produjo unos kilómetros antes y sólo pudimos detener a uno de los dos coches.

—El que desapareció era precisamente el que llevaba el dinero.

—Sí.

—Nunca más se tuvo noticias de los ocupantes del segundo coche, ni del dinero, ¿verdad?

—Que yo sepa, no. Supongo que habrán logrado escapar del país.

—Yo pienso lo contrario. Tengo motivos para suponer que se encuentran escondidos en algún lugar y dispuestos a matar a todo aquél que se les cruce en su camino.

Callander me contempló asombrado, las mandíbulas apretadas. Sus ojos grises tenían una mirada opaca.

—¿Cómo ha sacado esas conclusiones?

—Bailey se fugó de la cárcel hace unos días y quiso recuperar su parte

del botín. Alguien ordenó matarle y ahora descansa en el cementerio. Grayson había averiguado algo sobre este asunto y desapareció misteriosamente. Me temo que corrió la misma suerte que Bailey aunque su cadáver aún no haya aparecido.

Meditó un instante con los ojos entrecerrados y luego dijo:

—Pudo tratarse de un asunto entre gánsteres sin ninguna relación con aquel caso.

—No. Desde que estoy en esto, también a mi han intentado matarme. Incluso usted puede correr peligro en este momento.

—¿Yo? —preguntó asombrado.

—Su participación en el caso fue bastante difundida. No me extrañaría que a alguien se le ocurriese vengarse.

Callander hizo un gesto vago con las manos.

—No se preocupe por mí, señor Harter. Un gobernador siempre está expuesto al peligro.

Callander se puso de pie como si la entrevista hubiese terminado. Volvió a consultar su reloj.

—Los alguaciles me esperan, señor Harter. Quizá otro día podamos seguir hablando del asunto.

—Aún quiero hacerle una pregunta.

—Está bien. Pero le ruego que se dé prisa.

—¿Cómo se enteró que se iba a producir ese atraco?

Por la expresión de su rostro, la pregunta no debió hacerle mucha gracia.

—Recuerde que en aquel entonces yo era fiscal y estaba en contacto permanente con delincuentes.

—Alguien debió pasarle el «soplo»...

—Exactamente.

—¿Quién lo hizo?

—Eso no debería decírselo, señor Harter. Fue un asunto secreto y...

—Es muy importante, señor gobernador. Piense que quien haya sido puede saber algo más del asunto.

—Pero su vida correría peligro si se enterasen que ha sido él quien los ha delatado.

—Blake y Dikson ya deben saberlo. Si no lo han matado, por algo será...

—Su nombre era Tony Salerno. Es todo lo que puedo decirle. No tengo idea de dónde puede encontrarse.

—Gracias, señor Callander.

Callander me estrechó la mano y salí del despacho.

La secretaria seguía allí, con sus ojos muy azules, su sonrisa agradable, sus muslos prietos y hermosos que se descubrían a través de la falda.

Me dirigí hacia la escalera y me volví para mirarla.

Su rostro continuaba siéndome muy familiar. ¿Pero cómo puede un

hombre de carne y hueso olvidar una belleza como ésta?

No, decididamente yo debía estar equivocado.

Si la hubiese conocido en otro tiempo, jamás la habría olvidado.

Le hice un guiño de despedida y bajé lentamente las escaleras.

Cuando salí a la calle, llovía torrencialmente y la gente corría a refugiarse debajo de los toldos de los bares.

En pocos minutos el tiempo había cambiado radicalmente. Espesos nubarrones negros cubrían el cielo y el rugido de los truenos hacía presagiar una larga tormenta.

Atravesé la calle bajo una cortina de agua y me metí en el coche. La ropa se me había mojado como si me hubiese arrojado con ellas al océano.

Esto me hizo recordar a Bailey. Él había llegado a mi casa en ese estado. La única diferencia era que tenía una bala incrustada en el pecho.

Puse el motor en marcha, accioné los limpiaparabrisas y arranqué velozmente. Nueva York estaba aún lejos y la visibilidad era escasa, pero esperaba llegar antes del anochecer.

CAPÍTULO X

El dato que me había dado Brian Callander no me servía de nada. Tony Salerno, el ratero que según él le había «soplado» con veinticuatro horas de anticipación el atraco al camión blindado, había muerto hacía más de dos años en un extraño «accidente». Al salir de la cárcel donde cumplía condena, un coche lo había atropellado y se había dado a la fuga. La policía lo habría considerado seguramente como un «ajuste de cuentas».

Arrojé hacia un costado el informe donde venía explicado el caso y maldije por lo bajo.

Con Salerno, se esfumaba una de las pocas pistas que me quedaban para dilucidar el caso.

Lorna, sentada frente a la máquina de escribir, percibió mi expresión de contrariedad e intentó aconsejarme:

—¿Por qué no lo deja, jefe? Tiene otros casos de qué ocuparse. Por ejemplo, el del señor Tayson, que está esperando su respuesta.

—¡Al demonio el señor Tayson! Cuando empiezo algo me gusta terminarlo y le juro por todos los santos que lo terminaré.

Me incorporé de un salto y salí del despacho cerrando con un fuerte portazo.

Las aceras estaban aún mojadas aunque había dejado de llover. La tormenta parecía alejarse pero era una mañana gris y fría de otoño.

Cogí el coche y me dirigí hacia los barrios bajos del Este de la ciudad. No me quedaba otra solución que recurrir nuevamente a aquel mundo de deshechos, maleantes y borrachos, donde los rumores y las noticias corren de boca en boca como reguero de pólvora.

Alguien había dicho alguna vez que existe una «telegrafía sin hilos del bajo mundo» a la que todos parecen tener pegada la oreja.

Aparqué el coche en un hueco y caminé un par de calles hasta llegar a la vieja taberna.

Pat, «el Bocina», estaba sentado en una de las mesas con una copa en la mano y la mirada tristonera. Dos de sus chicas estaban en la barra con sus vestidos ajustados, intentando lucir para la clientela sus carnes ya un poco ajadas.

Entré y me dirigí directamente a la mesa de Pat. Vi cómo su rostro se desencajaba y una expresión de miedo cruzaba sus ojos.

—Hola, Pat —dije y me senté junto a él.

—Hiciste mal en venir —balbuceó «el Bocina»—. Ya te dije que no quiero que me vean contigo. Más aún después de lo del otro día...

—¿A qué te refieres?

—Tú ya lo sabes. Al «Buda» y sus hombres. No debiste haberlo hecho.

—No maté al «Buda» —dije—. Por eso estoy aquí. Quiero encontrar al que lo hizo.

Me miró incrédulo.

—¿No me dirás que quieres vengarlo?

—No. Sólo dije que quiero encontrar al que lo mató. El que lo hizo es el mismo que mató a Bailey y que hizo desaparecer a Grayson.

—Eres rápido sacando conclusiones.

Asentí. Luego dije:

—¿Qué se comenta, Pat?

—Nada, Al. Te lo juro. Sólo se dijo que tú te los habías cargado a todos. Incluso al «Buda».

—Algo más tiene que haber, Pat. Alguna pista...

«El Bocina» meditó un instante mientras sus ojitos miraban nerviosamente en todas direcciones.

—Te daré un dato, Al. Quizá te sirva. Pero debes prometerme que no continuarás comprometiéndome.

—¡Desembucha! —dije al tiempo que sacaba diez dólares y los dejaba sobre la mesa.

«El Bocina» quiso coger el dinero pero yo se lo impedí.

—Primero habla. Después, si la información vale, cobrarás el triple de lo que ves aquí.

—Hay una mujer, Al. Una rubia que estuvo trabajando en el «Saratoga». Al parecer, Grayson se enrolló con ella pero se comenta que después la mujer le traicionó.

Recordé la imagen fugaz de una rubia platinada cuando los pistoleros me habían llevado al rancho. Pero no podía estar seguro si había sido real o si lo había soñado en un delirio.

—¿Cómo es ella?

«El Bocina» me la describió. Podía ser perfectamente la misma mujer que yo creía haber visto.

—¿Dónde puedo encontrarla, Pat?

—Tiene un piso no muy lejos de aquí. Según se comenta se lo ha comprado el «Buda» a cambio de ciertos trabajos.

Pat cogió un papel y garabateó la dirección.

Saqué veinte dólares más de la cartera y los uní a los otros diez que estaban sobre la mesa.

—Esta vez te los has ganado. Espero que la información sea buena.

«El Bocina» guardó los billetes en el bolsillo y, con gesto nervioso, dijo:

—Ahora vete, Al... Y espero que no vuelvas nunca.

Comprendí que Pat tenía motivos para estar asustado. La vida de los «soplones» suele ser corta en el mundo de los hampones.

Lo saludé con un movimiento de cabeza y salí rápidamente de la taberna. Esperaba que esta vez la pista me llevase hacia algún lado.

El edificio estaba situado en una sórdida callejuela del barrio bajo. Su construcción, sin embargo, no era demasiado antigua.

Comprobé la numeración con el papel que me había dado Pat y atravesé el portal.

El edificio tenía cuatro plantas y la chica vivía en la última.

No había ascensor, de modo que comencé a subir la escalera.

Cuando estaba por la segunda planta escuché un grito seguido de un estampido demasiado parecido a un disparo.

Desenfundé la pistola y corrí escaleras arriba.

Las puertas se abrieron y los vecinos empezaron a gritar al verme subir con la pistola en la mano.

Estaba en la tercera planta cuando vi la oscura silueta de un hombre en el piso superior.

Me tiré al suelo en el preciso instante en que una bala zumbó sobre mi cabeza.

Los vecinos gritaron y las puertas volvieron a cerrarse.

Alguien gritó que llamasen a la policía.

Un nuevo disparo sacó astillas en el suelo a pocos centímetros de mi cabeza.

Yo estaba en mala posición pues no alcanzaba a ver más que la sombra del individuo que estaba resguardado tras el marco de una puerta en la planta superior.

Giré sobre mi cuerpo en el suelo y escuché nuevos disparos que me pasaban demasiado cerca.

Ahora estaba al final del rellano y al pie de la escalera que llevaba a la planta superior.

Necesitaba subir cuatro peldaños para alcanzar el descanso. Si lo conseguía, estaría en buena situación para disparar.

Me cogí del pasamanos y salté hacia delante, subiendo los escalones de dos en dos.

Un disparo se estrelló contra la pared, detrás de mí y otro hizo saltar astillas del pasamanos.

Me volví rápidamente hacia la planta superior y vi la delgada silueta del hombre levantando la pistola hacia mí.

Me adelanté en una fracción de segundo.

La 45 saltó en mi mano y el estruendo del disparo retumbó en las paredes de la casa.

El hombre abrió los ojos desmesuradamente y un borbotón de sangre saltó de su cuello, donde había entrado la bala. Le había perforado la yugular y la sangre salía a chorros como si fuese un grifo abierto.

Llevándose una mano a la herida, dio un paso adelante y cayó rodando por los escalones hasta detenerse a mis pies.

Miré su rostro pálido como un papel, sus ojos vidriosos que ya nunca más verían, el agujero junto a la nuez de Adán que no dejaba de

manar sangre, y sentí cierta repugnancia.

Aparté el cadáver con el pie y subí hasta la cuarta planta. Una de las puertas estaba abierta de par en par.

Entré.

Nunca había visto una casa de aspecto tan detestable. Las paredes estaban sucias y llenas de manchas de humedad. El papel que las recubría estaba raído. El desorden era total.

Con las ventanas y las cortinas cerradas, el ambiente era sofocante y la claridad escasa. En la atmósfera había un olor acre y el silencio que reinaba era demasiado profundo.

Atravesé el vestíbulo de dos zancadas y entré al dormitorio.

Una rubia platinada, la misma que había visto en el rancho la noche que me secuestraron, estaba tendida en la cama con la cara vuelta hacia la cabecera y un brazo que le pasaba por debajo del cuerpo. Tenía las faldas arrolladas a la cintura descubriendo sus piernas blancas y hermosas.

Me incliné sobre ella y descubrí una gran mancha de sangre que aún brotaba de su vientre. Tenía los ojos muy abiertos y una expresión de dolor y miedo en el rostro.

Movió los labios intentando decir algo. Pero de su boca sólo salieron sonidos inteligibles.

—Quédese tranquila —le dije—. Ahora mismo vendrá la ambulancia.

Volvió a mover los labios y ahora sí pudo articular algunas palabras.

—Grayson... «White Horn»... Grayson —decía en un susurro esforzándose por ser escuchada.

Levanté su cabeza con una mano e intenté escuchar algo más.

Ella volvió a abrir la boca pero se atragantó con la sangre que le llenaba la boca.

Su cabeza cayó hacia atrás y sus ojos quedaron en blanco con una expresión de terror.

Ya no podría decir nada más.

Recosté su cabeza ya sin vida sobre la almohada y me dirigí al teléfono. Marqué el número de la policía mientras esperaba la comunicación con el inspector Wallace vi algo sobre la mesa que me llamó la atención.

Era un folleto de la campaña electoral de Brian Callander. El mismo que había encontrado en la carpeta de documentos de Norman Grayson.

Pero ahora descubrí algo que antes no había visto.

En la fotografía de la portada, detrás del rostro sonriente del gobernador, se levantaba un rancho.

¡El rancho de «White Horn»!

Quedé mirándolo con una mirada estúpida cuando escuché la voz del inspector Wallace al otro lado de la línea.

—¿Qué sucede ahora, Harter?

—Tengo otros dos cadáveres para usted.

Wallace ya no se asombraba por nada.

—¿Dónde se encuentran?

Le di la dirección y me senté a esperarlo en uno de los sofás de la casa. Tenía el folleto en la mano y no dejaba de sentirme admirado por el descubrimiento.

¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Lo que no acababa de entender era qué estaba haciendo Callander en «White Horn».

La fotografía correspondía al anterior período electoral y se remontaba al menos a dos años atrás.

Oí el ulular de las sirenas y guardé el folleto en uno de los bolsillos de la americana.

Cinco minutos después, entró el inspector Wallace.

Señalé hacia la cama.

—Está muerta —dije—. La mató el tío que habéis visto en la escalera.

—¿Quién es ella?

—Fue novia de Grayson y luego del «Buda». Es lo único que sé.

Wallace se quedó mirando el cadáver y luego dijo:

—El tío de la escalera es Joe Roos. Un conocido asesino profesional.

Me pregunto quién lo habrá contratado.

—Yo también me lo pregunto —respondí.

Aunque creía saberlo...

CAPÍTULO XI

Estaba tremendamente excitado. Si lo que yo me imaginaba era cierto, el caso estaría definitivamente resuelto.

Cogí los documentos que había encontrado en lo de Grayson y los examiné detenidamente.

No cabía la menor duda de que el rancho que se veía al fondo de la ilustración era «White Horn».

Luego hice un nuevo descubrimiento. La muchacha que acompañaba a Grayson en una de las fotografías era su despampanante secretaria. Esto no tenía gran importancia si no fuera porque la actitud en la que se encontraban no era propia de un jefe y su secretaria.

De todo aquel embrollo, sólo me quedaba un misterio por aclarar. Era la fotografía del rancho en la que alguien —posiblemente el propio Grayson—, había hecho dos cruces en el jardín posterior de la casa.

Era evidente que Grayson tenía alguna relación con el rancho, pues la rubia lo había dicho antes de morir.

«Grayson... «White Horn»...

Aquello podía querer decir algo.

Volví a mirar la fotografía con las cruces marcadas y recordé que en aquel mismo lugar Slim había intentado enterrarme.

Entonces tuve un momento de inspiración y algo me decía que había dado en el clavo.

Cogí el teléfono y llamé a Lorna.

—Ven a buscarme dentro de cinco minutos. Trae un pico y una pala.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. ¡Date prisa!

Unos minutos después, escuché el sonido del claxon y bajé precipitadamente.

Lorna me miraba extrañada desde la cabina del coche.

—¿Qué se trae entre manos, jefe?

—Ya lo verás. Ahora déjame lugar.

Lorna se situó en el asiento del acompañante y yo me senté al volante.

Puse el coche en marcha y arranqué precipitadamente.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—¿Te gusta el campo?

—Sí, claro —dijo Lorna asombrada—. Pero a esta hora...

—No importa la hora. Vamos a ir al campo... a un rancho en las afueras de la ciudad.

Lorna se encogió de hombros y, sin comprender nada, se hundió en el asiento.

Yo presioné el acelerador y enfilé hacia las afueras de la ciudad.

Cuando llegamos a «White Horn», estaba anocheciendo. El cielo se había despejado de nubes y la luna, en cuarto menguante, iluminaba con sus tenues rayos la fachada del rancho.

Avancé con el coche por un camino de grava que conducía a la entrada principal de la mansión.

—Tengo miedo —susurró Lorna a mi lado.

La cogí una mano intentando tranquilizarla y conduje lentamente hasta detenerme frente a la fachada principal.

Tanto la puerta como las ventanas estaban cerradas y las luces parecían apagadas.

Cerré el contacto y me quedé escuchando, con una mano sobre el volante y la otra sobre la rodilla de Lorna.

No se oía sonido alguno. El lugar parecía más muerto que un cementerio.

Desenfundé la pistola y descendí del coche.

Lorna me imitó. En la expresión de su rostro se veía que era presa del miedo.

En aquella soledad, con el viento sacudiendo la copa de los árboles y soplando con un agudo silbido, el lugar resultaba inquietante.

La oscuridad era casi total y sólo estaba iluminado por los tenues rayos de la luna.

Abrí la portezuela del coche y saqué el pico y la pala.

—Manos a la obra —dije y me encaminé hacia la parte posterior de la casa.

Lorna me siguió a pocos pasos y era evidente que por nada del mundo se habría quedado sola en aquel lugar.

—¿Qué pretende hacer, jefe?

—Algunos pozos. Tengo el presentimiento de que encontraremos petróleo —dije sonriente y esperando animarla.

—Usted nunca pierde la sangre fría —dijo y sentí que los dientes le castañeaban de miedo.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme «jefe»? Pensé que después de lo de la otra noche...

Unas manchas rojas ardieron en sus mejillas y bajó la vista, ruborizada.

—En horas de trabajo, soy su secretaria —dijo.

Me encogí de hombros y seguí caminando hasta detenerme en el jardín posterior.

Del bolsillo de la americana saqué una linterna e iluminé el césped.

Lorna me miraba con curiosidad y creo que por un momento pensó que me había vuelto loco.

Después de un detenido examen de la tierra, me detuve en un lugar donde el suelo parecía haber sido removido recientemente.

Cogí la pala y comencé a trabajar intensamente.

La tierra estaba blanda y el trabajo resultaba fácil. A medida que avanzaba y teniendo en cuenta la heterogeneidad de la tierra, me iba convenciendo más de que estaba trabajando sobre el lugar preciso. No habían transcurrido más de quince minutos cuando la pala tropezó con algo.

Era algo blando, algo que me hacía recordar un cuerpo.

Aparté la tierra rápidamente y una mano delgada, huesuda, con trozos de piel podrida que colgaban de sus dedos, sobresalió a la superficie.

Seguí cavando y desenterrando aquello.

El olor era nauseabundo y por un momento me sentí mareado.

Diez minutos después, saqué a la superficie el cuerpo sin vida de Norman Grayson.

Al verlo, Lorna lanzó un alarido.

Me volví hacia ella.

—Será mejor que me espere dentro de la casa —dije—. Aún tengo para un rato más.

Me miró suplicante.

—¿Más...? ¿Qué quiere decir eso...?

Lorna se volvió y se sentó en una piedra. La misma piedra en la que se había sentado Slim cuando me obligó a cavar mi tumba.

—Prefiero quedarme aquí —dijo Lorna con la voz trémula—. No quiero quedarme sola en esa casa.

—Está bien. Como tú digas.

Dejé sobre el césped lo que quedaba de Norman Grayson y me dirigí hacia otro trozo de terreno a unos cinco metros de donde había encontrado el primer cuerpo.

Estaba más cansado y la tierra en este caso había ganado homogeneidad, por lo que el trabajo me resultó más dificultoso.

Cuando había cavado algo más de un metro, la pala volvió a chocar contra algo.

Yo ya sabía lo que era. No hacía falta más que percibir aquel olor nauseabundo que lo invadía todo, para saberlo.

Un nuevo golpe de pala y un cráneo semi descubierto, con sólo unos trozos de piel y algunos islotes de cabello, apareció ante mis ojos.

Era algo horrible. El paso del tiempo había desfigurado por completo aquel cuerpo, que sólo contenía huesos con trozos de piel y carne podrida.

Sentí que el estómago se me removía y salí del pozo.

Con la respiración agitada por el esfuerzo y el rostro descompuesto, me senté junto a Lorna.

—¿Qué encontraste? —preguntó la joven.

—El segundo cuerpo. Aún tiene que haber otro más, pero ya no hace falta que lo busque. Lo hará la policía.

—Es horrible... —balbuceó Lorna.

Extraje un cigarrillo y lo encendí. Aspiré el humo profundamente y lo solté luego por la nariz.

Comenzaba a sentirme mejor.

—Es mejor que entremos en la casa —dije—. Tengo que llamar al inspector Wallace.

La joven asintió y me siguió hasta la casa.

Encendí las luces y descolgué el teléfono. Marqué el número de la policía y pedí con el inspector Wallace.

—¿Qué sucede ahora, Harter? —preguntó Wallace con cierto temor—. Acabo de dejarle este mediodía.

—Tiene que venir a «White Horn» inmediatamente.

—¿De qué se trata?

—Lo mismo que siempre, inspector. Cadáveres a mis pies.

Wallace lanzó un juramento.

—¡Otra vez!

—En este caso no he matado a nadie. Son cadáveres antiguos.

—¿Qué quiere decir?

—Estaban enterrados en el jardín de la casa?

—¿Sabe quiénes son?

—Uno es Grayson. Aún es fácil identificarlo.

—¿Es que hay más de uno? —preguntó Wallace asombrado.

—Supongo que hay tres. Aunque yo sólo desenterré a dos de ellos.

—¿Y de quién demonios son los otros?

—Llevaban más de tres años enterrados y están en avanzado estado de putrefacción. Pero yo creo saber quiénes son.

—Vamos —dijo Wallace impaciente—. ¡Lárguelo de una vez!

—Blake y Dikson. Alguien los asesinó hace tres años y se quedó con los tres millones de dólares.

—¿Que alguien los asesinó? —preguntó el policía lleno de asombro.

—Sí. El mismo que hizo matar a Bailey, a Grayson, a la rubia y a todo aquél que sabía algo o que podía comprometerle. También liquidó al «Buda» después de haber utilizado sus servicios.

Se hizo un largo silencio.

—Supongo que usted sabe quién es, Harter. Pero no haga nada hasta que yo llegue.

—Lo siento, inspector. Pero quiero asegurarme personalmente de que no estoy equivocado.

—¡Harter! —rugió Wallace—. ¡Le prohíbo...!

—Adiós, inspector.

Colgué el teléfono y me volví hacia Lorna.

—Cuando venga el inspector Wallace, dile que no he podido esperarlo.

—¿Me dejas sola? —preguntó Lorna con una mirada suplicante.

—Voy a buscar al asesino —dije.

—Iré contigo. Cualquier cosa antes de quedarme aquí, con estos

cadáveres.

—Está bien. Vamos.

CAPÍTULO XII

Llegué a Richmond cerca de las tres de la madrugada. Las calles estaban prácticamente desiertas y la ciudad dormía.

Me detuve frente a una cabina telefónica y busqué la dirección de Callander en el listín de la ciudad.

No me fue difícil encontrarla. Había sólo un Brian Callander en la guía telefónica.

Regresé al coche y conduje con suma prudencia hasta llegar frente a la casa.

Era una gran mansión estilo colonial que estaba situada en el barrio más distinguido de Richmond.

Aparqué el coche frente a la puerta y me volví a Lorna.

—Es mejor que tú te quedes aquí.

Ella asintió.

—Tenga cuidado, jefe —dijo antes de que bajara del coche—. Un hombre que ha matado a tanta gente no tendrá problemas en matar una más.

—No te preocupes, muñeca. Sabré cuidarme. Si tardo más de una hora, puedes llamar a Wallace. Dile cuáles han sido mis conclusiones.

Lorna asintió.

Descendí del coche y atravesé la calle. La mansión estaba a oscuras y el silencio era total.

Toqué el timbre y esperé durante más de cinco minutos. Escuché pasos al otro lado de la puerta y una voz femenina que preguntaba:

—¿Quién es?

—Tengo que hablar con el señor Callander. Es un asunto urgente.

—¿De parte de quién? —preguntó la voz con desconfianza.

—Al Harter.

Se hizo un momento de silencio.

—¿Harter, el investigador privado? —preguntó la mujer.

—Sí, el mismo.

La puerta se abrió y vi el hermoso rostro de la secretaria de Callander que me miraba intrigada.

Estaba más hermosa que nunca y lucía una bata de noche que dejaba traslucir una buena porción de sus encantos.

—¿Vive usted aquí? —pregunté asombrado al verla—. Pensé que sólo era la secretaria del señor Callander...

—Y lo soy. Estuvimos trabajando hasta las dos de la madrugada por un asunto muy importante. Pero... ¿qué se le ofrece a estas horas?

—Ya se lo he dicho. Tengo que hablar con Callander ahora mismo.

—Usted debe estar loco. El señor Callander se acostó hace apenas una hora. Estará durmiendo y no puedo despertarlo. Mañana le espera una jornada agotadora.

—No lo dudo —dijo y agregué con cierta rudeza—: Haga el favor de llamarlo ahora mismo.

La muchacha fue a protestar pero no tuvo necesidad de hacerlo.

Desde lo alto de la escalera, el señor Callander nos observaba lleno de curiosidad.

—Oí el timbre y me levanté de inmediato —dijo con sequedad—. Cuando llaman a esta hora siempre temo alguna desgracia.

—Es probable que no se equivoque, señor Callander.

El hombre me miró desde lo alto y pareció no comprender. Luego comenzó a descender lentamente hasta llegar al vestíbulo.

—¿Es que ha sucedido alguna desgracia? —dijo con voz trémula cuando estuvo junto a mí.

—Acabo de venir de «White Horn» —dije y estudié su rostro en busca de alguna reacción.

Sin embargo, permaneció impasible.

—¿«White Horn»...? ¡Ah, sí...! Mi antiguo rancho. Lo he vendido hace algunos meses. Es una pena. Era un hermoso lugar. Pero... ¿qué estuvo haciendo usted ahí?

—Cavando.

Ahora sí noté una leve reacción. Pero de inmediato se repuso y respondió con aplomo:

—¿Cavando?

—Sí, como lo oye. Cavando en el jardín posterior de la casa.

Callander supo que estaba perdido. Y yo me di cuenta que lo sabía.

Sin embargo, no perdió la compostura. Me cogió por un brazo y dijo:

—Será mejor que hablemos de esto en mi despacho, señor Harter —se volvió hacia la escultural secretaria—. Disculpenos, Helen.

La chica se despidió con una sonrisa y subió las escaleras. Sus caderas se balanceaban como sólo ella sabía hacerlo. La seguí con la mirada hasta que desapareció en la planta superior.

—Hermosa muchacha, ¿verdad? —preguntó Callander.

—Realmente hermosa.

Seguí al gobernador por un pasillo hasta llegar a su despacho.

Él se sentó detrás de su escritorio y yo lo hice en la silla que estaba del otro lado.

—Decía que estaba cavando en el jardín de «White Horn». ¿Se puede saber por qué?

—No se haga el tonto, Callander —respondí—. Usted lo sabe mejor que yo. El juego ha terminado.

Ni siquiera pestañeó. Su rostro permanecía cubierto por una máscara impenetrable.

—No sé a qué se refiere. «White Horn» ya no es mío. Lo vendí hace unos meses. Ya se lo dije.

—La transfirió a cambio de ciertos trabajos. Era una forma de quitarse

de encima los muertos que tenía enterrados.

—¿Usted está loco!

—No, señor Callander. Usted mató a Blake y a Dikson y los enterró en el jardín de su casa. ¿Quién iba a sospechar nada del ilustre gobernador de Virginia?

—¿Para qué iba a querer matarlos?

—Muy sencillo. Para quedarse con los tres millones de dólares. Es una cantidad respetable.

—No necesito dinero.

—En aquel entonces lo necesitaba. Era usted un hombre importante pero no lo suficientemente rico como para poder costear una campaña electoral. Más aún si tenemos en cuenta que es usted independiente y no tiene apoyo de ningún partido. Entonces se le ocurrió la solución perfecta. Se enteró que se iba a producir el robo y se puso en contacto con los maleantes. Con dos de ellos: Blake y Dikson. Juntos planearon deshacerse de los otros dos. Por eso usted denunció que se iba a producir el crimen pero «equivocó» el lugar. De esa forma cuando los dos coches se separaron, cayó sólo el de Bailey. Luego, cuando los maleantes se refugiaron en su rancho —una guarida perfecta—, los liquidó para quedarse con todo y borrar toda posible complicación. Un plan casi perfecto de no ser por Grayson. Él se enteró de algo. En primer lugar, de sus relaciones con su secretaria y quiso extorsionarlo. Pero luego se enteró de algo más. Algo mucho más gordo. Entonces usted contrató al «Buda» para liquidarle. Después, también mató al «Buda» y a su amiga para evitar que le comprometieran. Demasiadas muertes, señor Callander.

Demasiadas muertes para quedar impune. También está el accidente a Tony Salerno. De eso no estoy muy seguro pero no me extrañaría nada que usted hubiese ordenado liquidarle.

Callander me escuchó con atención, sin intentar siquiera interrumpirme. Su rostro continuaba impassible como una esfinge.

—¿Terminó, señor Harter? —se limitó a preguntar.

—Creo que sí.

Pacientemente, Callander sacó un talonario de cheques y lo abrió sobre la mesa. Luego preguntó:

—¿Cuánto quiere?

—Se equivoca, Callander. No es eso lo que he venido a buscar. No he caído tan bajo como Grayson.

—¿Qué pretende, entonces?

—Enviarle a la cámara de gas. Ha matado usted a demasiada gente para sentarse en la poltrona. Ya es hora de que pague por ello.

No había terminado de hablar cuando las manos de Callander reaparecieron de debajo del escritorio. Pero ahora tenía una pistola en la mano.

—Ha sido estúpido de su parte contármelo todo.
—¿Otro asesinato, Callander? ¿No le parece que ya son muchos?
—Es verdad. Pero uno más ya no me importa.
—Olvida que estoy en su casa. ¿Cómo hará para explicarlo?
—Usted entró a robar. Le sorprendí en mi escritorio y le maté cuando usted quiso atacarme.
Meneé la cabeza y sonreí.
—Usted olvida algo, Callander. En los jardines de «White Horn» hay tres cadáveres.
—Ya lo arreglaré de alguna forma. Diré que ha sido obra del «Buda».
—Ya he hablado con el inspector Wallace. Él sabe que venía a verle. También lo sabe mi secretaria. Si dentro de diez minutos no salgo por esa puerta, habrá un ejército rodeando la casa.
El gobernador me miró con desconfianza.
Dudaba.
Yo aproveché la ocasión. Sabía que, si esperaba diez segundos más, aquel hombre dispararía.
Apoyé ambas manos contra el escritorio y lo empujé hacia atrás con todas mis fuerzas.
La mesa no llegó a voltearse, pero golpeó en el pecho de Callander haciéndole perder el equilibrio sobre la silla.
Luego me arrojé sobre él y ambos caímos al suelo, rodando.
Después de un breve forcejeo, Callander consiguió zafarse y me empujó hacia atrás.
Choqué contra la pared y caí de rodillas.
Le vi levantar la pistola hacia mí y pensé que era el fin.
En ese instante, la puerta se abrió golpeando a Callander accidentalmente.
Esto le hizo errar el disparo y perder unos segundos preciosos.
Antes de que pudiese volver a intentarlo, yo ya había disparado.
La bala se le alojó en el estómago y cayó de rodilla al suelo.
Su joven secretaria, que había abierto la puerta momentos antes, lanzó un grito de horror.
—¿Dónde hay un teléfono? —le pregunté.
Ella señaló hacia la mesa del escritorio.
Cogí el auricular y llamé a la policía. También pedí que enviasen una ambulancia.
Cinco minutos después, la casa era un hervidero de gente, policías, reporteros, médicos.
Junto con toda ésa gente, entró Lorna. Al verme, se abrazó a mi cuello; y permaneció apretada contra mí.
—Temí no volverte a ver —dijo.
—Aún pasará bastante tiempo antes de que te liberes de mí —respondí.

Antes de abandonar la casa, escuchamos la patética confesión de Callander.

Sabiendo que le quedaban pocas horas de vida, con el plomo quemándole las entrañas y perdiendo abundante sangre, el gobernador relató con voz fría y entrecortada pero con una impresionante lucidez, todos los detalles de sus crímenes.

Los policías le escucharon asombrados y tomaron nota de sus declaraciones.

Poco después de terminar su declaración, emitió un ronco quejido y su rostro adquirió una impresionante rigidez.

Ya no era más que un cadáver. Otro cadáver a mis pies.

F I N

Índice

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII